LIONFORT.

DRAMA EN TRES ACTOS.

POR

EDUARDO BLANCO.

Representado por primera vez en el Teatro Carácas el 2 de agosto de 1879.

CARACAS.
Imprenta de vapor de "La Opinion Nacional."—Plaza Bolivar.
1879.

[illegible]

1802

[illegible]

[illegible]

LIONFORT.

DRAMA EN TRES ACTOS.

POR

EDUARDO BLANCO.

Representado por primera vez en el Teatro Carácas el 2 de agosto de 1879.

Julio Rodríguez España

CARACAS.

Imprenta de vapor de "La Opinion Nacional."—Plaza Bolívar.

1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
EL MARQUES AQUÍLES DE LIONFORT.	Sr. Secundino Annexy.
EL CONDE CÁRLOS DE ALARCON.	Sr. Paulino Delgado.
LAURA, su esposa.	Sra. Rosa Delgado de Annexy.
MATILDE, prometida del Marques.	Srita. Enriqueta Delgado.
DON JULIAN, tio del Conde, tutor de Matilde.	Sr. Luis Santigosa.
PABLO, protejido de Don Julian.	Sr. Ernesto Figuerola.
DON CÁNDIDO MILFLORES.	Sr. Federico Busutil.
MARCELO, mayordomo del Conde.	Sr. M. Delgado.
Amigos de la casa de Alarcon y criados.	

La escena pasa en Madrid, en un Palacio del Conde de Alarcon, cerca de la Fuente Castellana.

EPOCA MODERNA.

ACTO PRIMERO.

La escena representa un salon lujosamente amueblado en el Palacio del Conde de Alarcon. Dos puertas al fondo y dos laterales. Por una de las del fondo se ve parte de un jardin iluminado.

ESCENA I. (1)

EL MARQUES Y MARCELO.

Al levantarse el telon aparece el Marques de pié en la puerta del fondo, y en actitud de entrar: Marcelo, que estará cerca del proscenio, se dirije á él.

MARCELO. Entre U. caballero, entre U.

MARQUES. (*Entrando*) ¿Y tu amo?

MARCELO. (*Con alegre sorpresa.*) ¡Qué veo! ¿No me engañan mis ojos? El guapo coronel de Lionfort........

MARQUES. (*Con llaneza.*) El mismo, mi buen Marcelo, aunque con tres años más á cuestas, que á la verdad me pesan como plomo, y una que otra cana importuna estraña á tu vieja amistad.

MARCELO. No ha cambiado U., señor Marqués; siempre guapo y cariñoso; pero si U. se queja del tiempo y de las canas ¿que diré yó? En ese maldito viaje que la señora Condesa quiso hacer á Paris, por poco se me blanquea hasta el alma, y eso que soi aragonés. (*Cambiando de tono*) Pero que sorpresa tan agradable para mi amo! Corro

(1) Todo lo que va entre comillas, puede suprimirse en la representacion.

á avisarle. Vá á saltar de contento cuando sepa que el señor Marqués está en Madrid. "Oh! debe estar U. mui satisfecho, "Coronel; amigos como mi amo son escasos: Aquiles para aquí: Aquiles para allá: "no habla sino de U."

MARQUES. "Sí, Marcelo, lo sé de bien atrás. Cárlos no solo es mi mejor amigo, sino el "mejor de los hombres que he conocido en "mi vida."

MARCELO. "Verdad de á puño, señor Marqués. U. "le hace justicia; pero desgraciadamente "no es á los buenos á quienes toca de ordinario la mejor parte en este mundo."

MARQUES. "¿Es acaso Cárlos desgraciado?"

MARCELO. (*Confuso*) "Oh! no quiero decir tal co- "cosa....No todos piensan como U..... (*Aparte*) "maldita lengua!.... (*Alto*) Dios "no lo permita....acaso indirectamente "tenga U. alguna parte...."

MARQUES. (*Interrumpiéndole con viveza*) "¿Qué "dices, Marcelo? Esplícate ¿Cómo he po- "dido....

MARCELO. "Tranquilícese el señor Marqués; qui- "se decir.... sí.... así es.... quise decir "que en estos tres últimos años...." porque hace tres años que no se ven Uds.....

MARQUES. Justamente, hace tres años que nos separamos; yo para ir á Méjico con la expedicion, Cárlos para cumplir en Milan un compromiso de corazon, y la palabra empeñada á la hija de un compatriota muerto en aquella ciudad.

MARCELO. Eso es. No bien habia la expedicion arribado á Veracruz, cuando se casó el señor Conde; y desde entonces es tanto lo que mi amo se ha ocupado del señor Marques" y tales las afectuosas ausencias que de "U. ha hecho, y sus constantes deseos de "volver á verle, y sus temores cuando la "guerra, y últimamente, sus repetidas ins- "tancias con el gobierno para que le sa- "casen de la guarnicion de Cádiz y le

" trajesen á Madrid," que creo celosa, y con razon, á la señora Condesa, de ese amigo de su marido, desconocido para ella, y que tan buena parte ocupa en el corazon de mi amo.

MARQUES. Vamos, Marcelo. ¿ No está Cárlos en casa ?

MARCELO. Si tal, señor Marqués. Perdone U. : todos están en casa, ó mejor dicho, en el jardin. Hoi tenemos gran fiesta, como de ordinario.... Que ventolina, señor Marqués ! ni un instante de reposo : fiesta y más fiesta : aquella apacible tranquilidad de otros dias, nos dejó para siempre.

MARQUES. Es decir que echas de ménos nuestras locuras de otros tiempos, por las que tanto murmurabas ?

MARCELO. Castigo de Dios ! En aquel tiempo esta casa era el Paraiso. El Conde, mi amo, y el señor Marqués la corrian fuera, y allá se las habian los viejos mayordomos como yo con la bulla y el trasnocho ; pero ahora la funcion es aquí, y á mí á quien le toca cerrar las puertas y apagar las luces. Esta noche, gran comida. Ya verá U. por sus ojos á qué hora se cerrarán los mios.

MARQUES. ¿ Y esa comida ?....

MARCELO. Banquete espléndido, sí señor, como pocos se sirven en Madrid ; lo da el señor Conde á su tio don Julian: á ese viejo regañon, tutor de la señorita doña Matilde; de esa niña á quien quieren casar con no se quien, á pesar de la poca voluntad de la chica y de la múrria de un pelele de primo que le hace muecas y recibe arrumacos....

MARQUES. Hola ! Buen alhaja parece la novia que me deparan.

MARCELO. (*Sorprendido.*) Cómo ! ¿ El señor Marqués es el novio en cuestion ? Jesus me asista ! No he tenido intencion de ofender á la señorita doña Matilde. No señor, no

señor; pero por lo que hace al pelele de primo........ escuse U. señor Marqués, si califico de tal suerte á quien va á ser su pariente; pero ¿qué quiere U.?.... hai antipatías expontáneas como las tercianas y el cólera.

MARQUES. Descuida, Marcelo: haré como que no he oido; pero por tu patrono, avisa á Cárlos y no me hagas esperar por mas tiempo el deseado instante de estrecharle en mis brazos.

MARCELO. Tiene el señor Marqués mucha razon; soi un egoista: voi corriendo. (*Se dirije á la puerta del jardin.*)

MARQUES. Un instante, Marcelo. Hazle venir sin decirle quien le espera. Quiero gozar de su sorpresa.

MARCELO. (*Rascándose la cabeza.*) Y cree el señor Marqués que yo pueda contenerme?

MARQUES. Hombre! haz un esfuerzo en mi obsequio.

MARCELO. Haré lo que pueda, señor Marqués; pero no respondo de mi lengua: cada dia se me suelta más, y eso que á menudo me la muerdo. Sí señor, como U. oye, me la muerdo ¿Y si no fuera así? (*Váse*)

ESCENA II.

EL MARQUES SOLO, PASEANDOSE Y EXAMINANDO EL SALON.

MARQUES. Todo ha cambiado. Cási me creo en otra parte. Mi cómoda butaca de cuero de Córdoba donde fumaba arrellanado como un turco, miéntras llegaba la hora de una cita ¿donde habrá ido á esconderse? Seguro estoi de que Cárlos la conserva todavía; mas, por lo visto, la Condesa, que á no dejar duda es afecta á las innovaciones, ha tenido á bien alejarla de aquí. La Condesa....Vamos: tratemos antes de verla, de adivinar su carácter. En mis

buenos tiempos tenia yo buenas narices, y por el altar sacaba el santo. Por mas que Cárlos me haya ponderado en cien cartas el gusto delicado y la esquisita gracia de su cara mitad, sé lo que debo rebajar: elogio de marido enamorado....la mitad de la mitad. Analicemos el buen gusto de la Condesa. El salon es el teatro de las mujeres, el palco escénico donde representan con sin igual maestría esa eterna comedia de la vida, que tanto nos encanta. Todo en él debe estar combinado para los grandes y pequeños efectos de su coquetería: luz, tapices, espejos que reflejen su imágen en todo sitio y en todo movimiento. (*Interrumpiéndose*) Diablo! en esta parte no peca de parca la Condesa: de donde estoi, me veo en tres espejos á la vez. (*Continuando*) Divanes que se hundan á la menor presion, propios para actitudes académicas. Flores.... *Interrumpiéndose*) ah! cuántas flores! aquí de mi experiencia para adivinar la índole de la fauna por la flora: vamos, recordemos los buenos tiempos en que era práctico en la botánica sentimental. Un ramo de rosas revela de ordinario alegria de carácter, serenidad de alma. (*Se vuelve buscando á su derecha.*) Aquí uno: me parece que he encontrado la pista. Si de violetas y miosótis, languidez soñadora. (*Busca á su izquierda.*) Héle ahí: se trastornó la pista. Sí de azucenas.... (*Buscando de nuevo y luego señalando un ramo de estas flores*) fiasco completo: al mejor sabueso le doi que me adivine por donde corre el ciervo. Pero si toda la sala es un jardin! (*Continuando y examinando los objetos de arte.*) Por esta faz, todo un muséo. China, bronces y Sevres.... una quincallería ni más ni ménos. En suma, ligereza, orgullo, voluptuosidad, mundo y mas mundo........Pero nó, ¿qué digo? mis viejos hábitos me hacen reo de

un delito de duda que debo rechazar: la muger de Cárlos debe ser un ángel, ó no existen ángeles en la tierra.

ESCENA III.

DICHO, MARCELO Y EL CONDE.

MARCELO. (*Adelantándose hácia el Marques, despues de haber oido las últimas palabras de este*) (*aparte*) Solo en Aragon quedan algunos, y eso porque no saben el camino de Paris. (*Anunciando*) El señor Conde. (*Sale.*)

EL CONDE. (*Entrando apresuradamente y tendiéndole los brazos al Marques.*) Aquíles....Aquiles.

MARQUES. Mi querido Cárlos!
(*Se abrazan con efusion*)

CONDE. Hace un mes largo que te espero.

MARQUES. No habia podido despacharme hasta hoy.

CONDE. Ingrato. (*Se vuelven á abrazar.*)

MARQUES. No digas eso: bien sabes que la gratitud es mi cualidad descollante, y para contigo, mi querido Cárlos... ..

CONDE. Vamos, no has de enseriarte por tan poco. Siempre puntilloso; pero ¡ demonio! siempre guapo y bizarro: ¿ sabes que los años, maldita la mella que te hacen?

MARQUES. Exageras, amigo mio; ya no soi ni con mucho, lo que era hace tres años; pero tú........

CONDE. (*Con rapidez y alarma.*) ¿ Qué me encuentras? ¿ Notas en mi algo raro? ¿ He envejecido?

MARQUES. ¿ Por qué te alarmas? ¿ Es posible que gastes todavía tantos cuidados con tu bella persona?

CONDE. No lo creas; pero tu me notas algo extraño. Vamos, sé franco, ¿ qué me ves?

MARQUES. Tú sabes que soi franco y leal en demasía, para tí sobre todo.

CONDE. (*Sonriéndose.*) ¿ Y bien.... ?

MARQUES. Te encuentro, no diré envejecido, sino algo marchito el semblante. ¿ Has estado últimamente enfermo ?

CONDE. Nó.

MARQUES. Entónces alguna pasion de ánimo. ¿ No eres feliz, amigo mio ?

CONDE. (*Haciendo esfuerzos por vencer su turbacion.*) ¡ Qué disparate ! El afecto te ciega.... ¿ Cómo siquiera sospecharlo ?.... Soi.... el más venturoso de los hombres.

MARQUES. Perdona, amigo mio ; realmente que solo imaginar que no lo fueras, seria locura insigne, teniendo como tienes cuanto se necesita para ser venturoso : gran corazon, pingüe fortuna, y una dulce compañera, seductora, segun me has escrito muchas veces, como un sueño de amor.

CONDE. (*Con esfuerzo.*) Me has adivinado. Laura es encantadora. Ya la verás. (*Se sientan.*) Pero hablemos de tí : ¡ cuánto tiempo sin vernos ! ¿ No me habias olvidado ? Yo aunque dichoso, no he podido acostumbrarme á estar léjos de tí.

MARQUES. Mi buen Cárlos, cuán generoso eres !

CONDE. No seas niño ! ¿ Crees puedan olvidarse los afectos que han arrullado nuestra infancia y deleitado nuestra juventud ? ¿ A qué accion de mi vida pasada no está unido tu nombre ? No han reido mis lábios con tus lábios, y llorado mis ojos con tus ojos ?. ¿ No somos hermanos por el corazon hace treinta años ?

MARQUES. (*Conmovido, estrechando la mano del Conde.*) Mi querido Cárlos, si tu sientes así ¿ qué diré yo, que á mas de tanto afecto, te debo tantos beneficios ?

CONDE. (*Con rapidez.*) La vieja cantinela ! Abrigaba la esperanza de que hubieras olvidado ese monótono y ridículo estribillo.

MARQUES. Necesario sería que hubiera dejado de existir.

CONDE. Doblemos esa hoja, mi buen Aquiles ; bajo esa faz no te pareces á tu homónimo,

el hijo de Peleo, á quien por lo demas no vas en zaga. Y, ya que se trata de tu nombre, bueno es que sepas que desaprobé y censuré tu último duelo. ¿ Hasta cuando locuras ? ¿ Será posible que nunca entres en juicio ? Exponer así la vida por una bagatela, por un asunto extraño, por nada, en fin, que lastimase tu honor ó tu delicadeza. ¿ Qué dejas entonces para un caso que afectase tu honra ?

MARQUES. Ese caso no llegará jamás.

CONDE. Bien sé yo que por ese flanco eres invulnerable ; pero hay casos........

MARQUES. Entónces, la muerte para mí, si yo me creo culpable ; para el que trate de afrentarme, si no tiene razon.

CONDE. Siempre el mismo principio.

MARQUES. Oh ! yo no varío jamás : tú lo sabes.

CONDE. "Pero ese duelo, Aquiles, conven con "migo en que fué insigne locura."

MARQUES. "Eres injusto : en mi caso habrias he- "cho lo que yo.

CONDE. "¿ Batirme ?

MARQUES. "No quedaba otro medio para salir del "paso : un hombre insulta á una muger "en mi presencia, á una anciana, cuyo "nombre no me ocupé en saber : el villano "no tenia razon ; y por otra parte, debia "haber respetado que estaba yo presente. "Resultado : salir él con dos rasguños : "no merecia más, en cambio de una bue- "na estocada que por poco me dá de baja "para siempre.

CONDE. "¿ Y bien ?

MARQUES. "Así me las den cien veces, que no "sabría evitarlas." Pero hablemos de tu viaje pasado. Recorriste cási toda la Europa. Desgracia la mia no encontrarte en Paris cuando volví de América. Te busqué en aquel laberinto, y supe con pesar que viajabas por Alemania.

CONDE. Es verdad: por aquel tiempo, hice un viaje á Alemania, de cortos dias ; no

debia dejar sola á la Condesa mucho tiempo. Pero ya te tengo, amigo mio, y á fé que no he de soltarte. ¿Cómo encuentras á Madrid?

MARQUES. Acabo de llegar hace una hora, y ha sido para tí, como era de rigor, mi primera visita.

CONDE. No podia ser de otro modo; y tan natural me parece, que no te doi ni las gracias. Pero sábete que hace ocho dias eres el tema obligado en salones, teatros y cafés; se habla de tu vuelta á Madrid como de la resurreccion de la antigua galantería española. Verdad es que la mayor parte de los que van á rodearte de nuevo, ya te habian olvidado; pero á rei presente no faltan cortesanos. Prepárate, pues, á recibir ovaciones de unos cuantos malas cabezas, tus émulos en aventuras amorosas, y á ver el ceño adusto de otros tantos ridículos maridos. (*Aparte y como sorprendido de esta última frase.*) Ai! (*Alto, cambiando de tono y afectando buen humor.*) Pero ¿donde tengo la cabeza? Tu presencia me ha sacado de quicio: tú tambien vas á ser marido, y aún no te he hablado de tu novia.

MARQUES. Háblame de tí, mi buen amigo. Siempre en tu bella mansion de la Fuente Castellana: siempre con tu gran tren. Vamos, háblame de tu felicidad, de tí, siempre de tí; por lo que hace á mi novia, á quien solo conozco, por cierto, por un bello retrato, ocasion tendremos para ocuparnos de sus buenas cualidades y mejores disposiciones.

CONDE. Cómo! ¿Eres tú quien se exhibe con tanta frialdad en achaques de amor? Por lo visto has cambiado notablemente: si no te reaccionas, buen chasco se han de llevar los que esperan ver en tí al moderno Don Juan.

MARQUES. (*Suspirando.*) Pues chasco llevarán.

CONDE. Por mi parte, tanto mejor, pues que te encuentras en condiciones favorables para el matrimonio.

MARQUES. Te equivocas : mis condiciones no se avienen con ese matrimonio. (*Cambiando de tono.*) Mira, Cárlos, unirme á esa chica es una iniquidad ; es hacerla desgraciada. Como sabes, me he prestado á este enlace, primero, por respecto á mis padres, que tanto lo desearon ; despues, por complacerte ; y luego....y luego por desesperacion. Mi corazon no es mio.

CONDE. ¿ Es posible ?

MARQUES. Durante mi vida aventurera, jamás me sentí apasionado con el corazon. Tú bien lo sabes. Jamás llegué á amar á una muger de aquellas tantas que juntos cortejamos.

CONDE. Siempre fuiste inconstante.

MARQUES. Ahora, ríete de mí, no sé si lo merezca. En la tarde de mi juventud, cuando creia agotada la sávia de los puros afectos, las flores de mis primaverales devanéos cuajaron fruto de amor ; y lo que es más, de desesperacion. Amé, Cárlos, y amo aún por la primera y la última vez !

CONDE. (*Con alegria.*) ¿ Y quién la afortunada ?

MARQUES. Ayer, una muger como mis ojos no volverán á verla : hoi, su recuerdo.

CONDE. Esa . la lei eterna ; para cada Don Juan, su Doña Ines. (*Cambiando de tono.*) Diablo ! has de contarme esa his toria. Se me ocurre que has dado de narices en la diadema real de una princesa, ó en la corona de una reina soberana.

MARQUES. Bien puede ser, porque ni aun siquiera sé su nombre.

CONDE. Mi pobre Aquiles ! Tú, platónicamente enamorado ! Ahora si temo un choque de Marte con la Tierra.

MARQUES. Oyeme y no te burles. Soi en verdad un insensato, pero tambien mui desgraciado. (*Se levanta de la poltrona donde ha estado sentado, dá algunos pasos como preocupado y luego vuelve á colocarse frente al conde que le oye arrellanado en su asiento.*) Hace apénas un año, toqué en Paris, á mi vuelta de América, por verte ántes que todo, pues suponia encontrarte en aquella ciudad. Habias partido, y Paris me absorvió........Veinte dias se pasaron, ligeros como el viento, ricos en aventuras y placeres propios de los sentidos, indiferentes para mi alma, cansada ya de tanto no sentir. Supongo que aquel estado de mi espíritu, fatigosa languidez del vacío, me indujo una mañana, al pasar frente á la Magdalena, á entrar á oir la música sagrada de un salmo arrobador que trascendia del templo. Tomé un asiento en un rincon oscuro, cerré los ojos, pensé un instante en mis padres muertos, luego en tí, y me perdí en el cielo. ¿Cuánto tiempo duró mi arrobamiento? no lo puedo apreciar. De pronto y sin saber por qué, despierto sobresaltado. Una dulce melodía, como un velo de gasa, agitado por un soplo divino, flotaba en el extenso ámbito del templo: dudo si estoi ó no despierto: busco la luz del dia para cerciorarme que no sueño, y mis ojos se fijan en una cabeza rubia, hechicera, ideal, cuya mirada profundamente lánguida, me contemplaba con marcada avidez. Nuestras miradas se besaron. Un fuego abrasador inflamó mi cerebro: perdí casi el aliento, y á mi oido llegaron en tropel, fuertes, sonoros, como los graves de la orquesta, los latidos violentos de mi alarmado corazon. Fijos los mios en aquellos sus ojos, me sentí como adormecido en un divino éxtasis: soñé con las madonas que pintó

Rafael, y solo desperté cuando el suizo vino á anunciarme que el templo iba á cerrarse. Estaba solo, y la vision angélica habia desaparecido de mis ojos, pero no de mi alma.

CONDE. (*Riéndose alegremente.*) Exótica aventura, mi querido, para el pellejo duro de un coronel de húsares.

MARQUES. Ríes y te burlas? Ah! Yo tambien me reí de aquel dulce extravío de mi imaginacion, y creí haber soñado como solo acontece á los veinte años! De nuevo me arrastró el torbellino en que me habia lanzado. La vibrante corneta de Arban apagó en mis oidos la última resonancia quejumbrosa del órgano sagrado; y todo el misticismo de aquella mañana inolvidable, chocó contra los bastidores del Gimnasio, ó las bambalinas de La Gaîté, no lo sé propiamente, y desapareció como por efecto de un conjuro. Todo pasó, ménos el recuerdo de una cabeza de ángel, con ojos de sirena, impreso en mi memoria, vivo y constante como vision divina.

CONDE. Poesía, mi querido Marqués. No te creía poeta.

MARQUES. Te engañas: aquel sueño era una realidad.

CONDE. Suponia tu poética historia terminada.

MARQUES. Léjos de eso, principia.

ESCENA IV.

DICHOS Y MARCELO, QUE ENTRA POR EL FONDO.

MARCELO. (*Anunciando.*) El señorito don Cándido Milflores.

CONDE. Has que pase al jardin donde se halla la condesa.

(*Marcelo se retira.*)

CONDE. (*Al Marqués.*) Vamos querido, continúa.

MARQUES. Oye. La grande ópera habia abierto sus puertas á los bailes de máscaras: de sim-

ple espectador asistia á todos ellos. Una noche, despues de una nueva cuadrilla de Strauss, arrebatadora y palpitante, que el público aplaudió con entusiasmo, ví pasar junto á mí, lijera como una mariposa, un dominó color de perla, perseguido por un frac negro y un payaso azul. Al parecer, una dueña rebozada en tupida mantilla, acompañaba al dominó ! Maquinalmente seguí á la perla y á sus perseguidores, quienes le daban caza con sin igual emulacion. El dominó los esquivaba con sorprendente habilidad; se mezclaba á los grupos que llenaban la sala; desaparecia en los pasillos; trataba de ocultarse entre la multitud, y giraba incansable, deslizándose sin tropezar en aquella inmensa barahunda. Sin darme cuenta, yo á mi vez la seguia con extraña ansiedad. La dueña la dejamos atras; la caza continuaba; pero despues de mil vueltas y revueltas, fatigada, anhelante, el dominó color de perla se detuvo de pronto y casi exánime se dejó caer en una silla, en la cual quedó inmóvil, cual si se hubiese desmayado. El payaso, más ágil que el frac negro, llegó primero á ella, y alargando su atrevida mano hácia la vencida fugitiva, exclamó volviéndose á su compañero.—Mira y dime si esta no es Roseta.—La mascarilla del dominó color de perla habia caido á mis piés, y tres gritos de asombro, modulados en tonos diferentes, se escaparon á un tiempo. El mio fué tan violento, que más de cien personas distraidas de sus propias intrigas, volvieron la cabeza. Era mi ángel de la Magdalena ! El payaso confundido balbuceó á penas una excusa, y espantado de error tan manifiesto, desapareció con el frac negro, cuyo asombro no le habia permitido ni articular una sílaba. Ella no dijo una palabra: estaba tan pálida

que creí le iba á dar un accidente: quedóse inmóvil: pero sus ojos se fijaron en mis ojos de una manera inexplicable. Estuve á punto de perder el sentido; tambaléé un instante como ébrio: luego, hice un esfuerzo, recojí rápidamente la careta y se la presenté. (*El Marqués conmovido por su poopia narracion, guarda un momento de silencio.*)

CONDE. (*Poniéndose de pié, con tono burlon y golpeando afectuosamente el hombro de su amigo.*) Tunante! ¿Y te das por desgraciado cuando tienes hasta la inmensa dicha de que otros cazen para tí?

MARQUES. (*Con melancolía.*) Ah! Sin aquella extraña circunstancia, otra acaso hubiera sido mi suerte. No habria probado, es verdad, el néctar misterioso que enloqueció mi alma; pero tampoco habria sufrido el pesar que experimento, mas amargo quizá, que dulce fué la dicha.

CONDE. (*Con seriedad y contemplando fijamente al Marqués.*) Realmente, amigo mio, que estás enfermo: (*le toma una mano.*) Tu palidez y tus heladas manos me lo prueban. "Vamos, á los treintiseis años no "se deja uno quemar así, sin defenderse, "por el extraño fuego que te abrasa."

MARQUES. Déjame terminar. Esta es la vez primera que esta historia de amor se escapa de mis labios. Me duele el alma al recordarla; pero á la vez encuentro que este mi dolor es el placer mas grande que desde entónces hasta hoi he disfrutado.

CONDE. Aquiles, me entristeces!

MARQUES. Perdóname y escucha. (*Con fuego.*) Cuando despues de mi sorpresa pude darme realmente cuenta de lo que me pasaba, salíamos de la ópera, y aquella mujer tan seductora se apoyaba en mi brazo. Sin habernos dicho una palabra, llamé un coche: subimos, y ya dentro, le pregunté con la emocion propia de un niño, adon-

de queria que la llevase. Ella lloraba en silencio, y me contestó sollozando: —Dejadme donde por vez primera me vieron vuestros ojos. —¿En la Magdalena?—Sí, me contestó, en la plaza de la Magdalena. —Allí nos detuvimos, cerca de la verja de la iglesia: descendimos del carruaje; y mirándonos fijamente un instante, más que con los labios, la dije con el alma.—No sé quien sois, señora, ni lo deseo saber;.pero yo os amo; y ella me contestó, más que yo conmovida.—Lo sé, porque lo siento. —Yo iba á lanzar un grito: ella me presentó su mano, que estreché entre las mias, y dejó caer entre los dos esa tierna palabra de despedida que á veces corta como la hoja de un puñal. —Adios! balbucée á mi vez maquinalmente; y ella añadió:—Ahora juradme por vuestro honor, que no me seguireis, y que jamás tratareis de averiguar quien soi: á mi vez os lo prometo.—Fascinado como estaba, tardé en contestar: ella reiteró el juramento: y yo al fin con su mano en mis manos, lo juré, y lo he cumplido. La Magdalena fué el lugar designado para nuestra próxima entrevista; y en lo sucesivo, una avenida solitaria del parque de Monceaux dió abrigo diariamente á nuestro puro amor. Este creció, si es posible que crezca lo infinito; pero apénas mui cortos dias duró nuestra ventura. Una tarde en vano la esperé: no volvió al nido de tan castos amores: la busqué sin descanso: lloré mi desventura; y al fin me convencí de que mi ángel, no de este mundo, me habia dejado para volar al cielo.

CONDE. La novela es completa; pero dime, ¿no supiste su nombre?

MARQUES. Habia jurado ser discreto y lo fuí. Ella, por un capricho que supe respetar,

no quiso nunca saber quien era yo. Asi fué, amigo mio, que habiendo estado unidas tan íntimamente nuestras almas, nos separamos al fin, sin conocernos. (*El Marqués se deja caer con abatimiento en un sofá.*)

EL CONDE. (*Acercándose al Marqués y golpeándole en el hombro.*) Animo, amigo mio, que la debilidad jamas fue compañera de Aquíles de Lionfort.

MARQUES. (*Haciendo un esfuerzo para sacudir su pesadumbre, y poniéndose de pié.*) Tienes razon: he sido un necio y te he mortificado. No hablemos más del asunto; prométemelo, que yo te lo prometo. Tratemos de la novia.

CONDE. ¿De la novia? Pobre primita mia! ¿qué hueco de tu corazon ha de ocupar, si todo él está lleno?

MARQUES. ¿Pero la veré hoi?

CONDE. La verás. Vive hace dos meses con nosotros; es una pobre chica ¡buena y hermosa: ya la verás: voi á hacer que la llamen para presentártela ántes de la comida, lo mismo que á Laura.

MARQUES. Como quieras; pero déjame antes ir á cambiar de traje. No esperaba encontrarme con que tendria que asistir á un banquete.

CONDE. ¿Y adonde piensas ir?

MARQUES. A la fonda de Embajadores, donde dejé mi equipaje.

CONDE. Ni por pienso. Soltarte así, despues de tres años de ausencia, y por una bagatela, no lo esperes. Ven, vamos á mi habitacion, y como en otros tiempos más felices te pondrás un frac mio. ¿Recuerdas las aventuras que me proporcionó un frac tuyo, por una carta que encontré en su bolsillo?

MARQUES. (*Sonriéndose.*) No lo he olvidado.

CONDE. Vamos.

(*Salen por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V.

LA CONDESA LAURA, DOÑA MATILDE, DON JULIAN, DON CÁNDIDO Y PABLO, ENTRAN POR LA PUERTA DEL JARDIN. LA CONDESA APOYADA EN EL BRAZO DE DON JULIAN, MATILDE EN EL DE PABLO, Y DON CÁNDIDO SOLO Y MOVIÉNDOSE CON AFECTADA PETULANCIA DE HOMBRE DE MUNDO, DE UNA Á OTRA PAREJA.

LAURA. (*A Don Julian.*) El Conde debe estar de plácemes con la llegada de ese amigo tan esperado.

DON JULIAN. Y yo tambien, señora: yo tambien me felicito porque ya voi á verme libre de esa tutela que tanto me encocora, y de las impertinencias de ese chico de Pablo. Dentro de ocho dias el matrimonio, y asunto concluido. Ustedes quedan en paz: el Marqués carga con su muger: yo vuelvo á mis vegas de Granada; y Pablo........

LAURA. (*Con malicia.*) ¿Y Pablo, Don Julian?

DON JULIAN. Pobre chico!........

DON CÁNDIDO. (*Haciendo piruetas y mezclándose á la conversacion.*) Lo que es él, á cazar á La Puerta del Sol: yo me encargo de adiestrarlo en la caza mayor. (*Se dirije á Pablo y á Matilde, que se habrán detenido junto á un espejo y que conversan en voz baja.*)

DON JULIAN. (*Lanzando una mirada sarcástica á Don Cándido.*) Habrá necio más estrafalario!

LAURA. (*Riéndose.*) Ya lo ve U., Don Julian: echarla de hombre de mundo es su monomanía.

DON JULIAN. (*Con mal humor.*) No sé como se pueda tolerar semejante moscon....

LAURA. Es U. mui severo, Don Julian, con ese pobre chico que tanto me divierte, y que fuera de su monomanía, es un alma de Dios. (*Don Julian y Laura se sientan en un sofá y continuan hablando en voz baja.*)

DON CÁNDIDO. (*A Matilde, prodigándole una ceremoniosa cortesía.*) Señora futura Marquesa, reciba U. mi enhorabuena.

MATILDE. (*Con severidad.*) Caballero! Bien sabe U. que soi mui desgraciada.

PABLO. (*Encarándose con Don Cándido y continuando la frase de Matilde.*) Y nada lo autoriza para permitirse semejantes majaderías.

DON CANDIDO. (*Con aire de proteccion.*) Mi buen amigo, U. se amosca sin razon: yo respeto mucho á la señorita Doña Matilde, y porque la respeto y soi su amigo, me congratulo por su próximo enlace.

MATILDE. (*Con melancolía.*) Espero en Dios que semejante enlace no ha de llevarse á cabo.

DON JULIAN. (*Desde su asiento y con severidad.*) Matilde! Ya la oigo á U. disparatar de nuevo.

DON CANDIDO. (*A Matilde.*) ¡Cómo! ¿Es posible que U. rechace la mano del Marqués de Lionfort, del hombre más galante que ha pisado á Madrid, del Aquíles de todos los galanes habidos y por haber?

LAURA. (*Riéndose estrepitosamente.*) Magnífico, magnífico? Convenga U. Don Julian, en que á ese chico de Don Cándido no le falta originalidad.

DON JULIAN. Señora, no dé U. alas, á ese tonto.

PABLO. (*Con despecho y dirigiéndose á don Cándido*) Un libertino........

DON JULIAN. (*Con severidad á Pablo*) Pablo, Pablo, me parece que no tardo en darte pasaporte para Salamanca.

DON CÁNDIDO. (*Aparte, paseándose y gesticulando con aire de desprecio*). Monigote! Cómo ha de ser! Ya no hai quien no critique á los maestros. (*Acercándose á Laura y á don Juliàn.*) ¿Qué opina U. señora Condesa?

LAURA. (*Riéndose.*) No conozco al Marques; solo sé por el Conde mi esposo, y por U., que tanto le pondera, que el Marqués de Lionfort es un cumplido caballero, (*viend

hácia Matilde) y á todas luces, uno de los mas bellos partidos de la Corte.

DON CÁNDIDO. Gracias, señora Condesa, por mi amigo Lionfort. U. le tratará, y verá que no han mentido en sus elogios, ni su esposo de U., (*haciéndole una ceremoniosa cortesía*) ni el mas humilde servidor de tan graciosa dama.

DON JULIAN. (*Ve de mal modo á don Cándido. Luego con repentina impaciencia.*) Pero ¿dónde diablo está el Marqués? Se habrá vuelto á marchar?

PABLO. (*A Matilde.*) Ojalá, para jamás volver.

MATILDE. (*A Pablo, prodigándole una dulce mirada.*) Dios lo quisiera!

LAURA. Por lo visto, el Marqués es el hombre que más se ha hecho esperar. (*Se dirige á don Julian.*) U. le espera para darle su pupila. (*Matilde baja la cabeza con triteza y Pablo lanza á Laura una mirada de encono.*) Cárlos, mi marido, para abrazarle. Este caballero (*indicando á don Cándido*) para tomar nuevas lecciones de galantería con el lion de los liones; y yo, en fin, por la curiosidad de conocer un personaje de quien tanto se cuenta, á quien tanto se ama, de quien tanto se teme (*dirigiendo una mirada á Pablo y á Matilde*) y sobre todo, á quien tan poco se desea.

ESCENA VI.

ENTRA EL CONDE, LUEGO EL MARQUES.

CONDE (*Que ha oido las últimas palabras de Laura.*) Pues héle aquí señores.

El Marqués se detiene un momento en la puerta: luego avanza hácia el centro de la escena. El sofa donde está sentada Laura, estará colocado dando la espalda á la puerta por donde entra el Marqués. Al oir la indicacion del Conde, don Julian se dirige al encuentro del Marqués. Laura permanece en su asiento sin volver el rostro;

y con la serenidad de una reina, espera que la vayan á cortejar. Matilde, con la cabeza baja y siempre recostada en la mesa del espejo, deshojará una rosa que Pablo le habrá dado poco antes. Pablo se separa de Matilde y va á apoyarse, cabizbajo, en el respaldo de una silla cerca del proscenio, casi enfrente de Laura.

DON JULIAN. (*Dirigiéndose al Marqués y tendiéndole la mano.*) Al fin se nos presenta U.

El Marqués se inclina, prodiga á don Julian una sonrisa y contesta en voz baja.

DON CANDIDO. (*Abriéndose las solapas de la casaca con aire de calavera y con mucho entusiasmo.*) Lo que es á mí, un abrazo. (*Tiende los brazos hácia el Marqués y corre á abrazarlo.*)

CONDE. (*Tomando de la mano al Marqués.*) Vamos: principiemos por donde habríamos debido comenzar. (Se *dirigen hácia Laura: esta se pone de pié, pero haciendo ántes un movimiento, como para recojerse el traje ú otro al gusto de la actriz, que no le permita hasta el último momento ver de frente al Marqués, ni que tampoco éste le vea el rostro.*)

CONDE. Condesa, mi mejor amigo, el Marqués Aquíles de Lionfort.

(*Al pronunciar el Conde la última palabra de la presentacion, Don Cándido, con exajerado entusiasmo le toma una mano y sin que halla grotesco en el movimiento, hace que el Conde gire sobre sus pies y se vuelve hácia él; impidiéndole de este modo ver la sorpresa del Marqués y de Laura.*)

LAURA. (*Ahogando un grito y retrocediendo espantada*) (*aparte*) El! (*alto con voz anhelante*) Caballero....

MARQUES. (*Con asombro*) (*aparte.*) Ella ! Dios eterno !.... (*luego, dominándose, pero con emocion*) Señora !

DON CANDIDO. (*Dirijiéndose al Conde á quien ántes*

ha hablado en voz baja é indicando al Marqués.) Qué facha! qué talante!.... Qué don Juan, ni que cuernos!

CONDE. (*Con algun desabrimiento.*) Está bien, ya lo sé.

PABLO. (*Que no ha perdido de vista á la Condesa y al Marqués. Mui sorprendido y para sí.*) ¡Qué veo!

DON JULIAN. (*Acercándose á Pablo, sorprendido de la actitud espantada de éste.*) ¿Qué pasa?

CONDE. (*Tomando de nuevo la mano del Marqués y conduciéndolo hácia Matilde.*) Ahora, ven á besar la mano de tu novia.

PABLO. (*A don Julian.*) No me atrevo á creerlo!

DON JULIAN. ¿Qué diablos?....

PABLO. (*Como concibiendo un proyecto que para él es una esperanza.*) Sí, sí, ya lo sabrá U.

EL CONDE. (*Tomando la mano de Matilde y presentando ésta al Marqués.*) Tu futura mitad, amigo mio.

MARQUES. (*Confuso y besando la mano de Matilde.*) Señorita!....

DON CÁNDIDO. (*Siguiendo los movimientos del Marqués.*) Movimiento irreprochable, artístico: actitud académica del siglo XVI!

(*Matilde se limita á inclinarse delante del Marqués.*)

(*Laura se habrá dejado caer de nuevo en el sofa, mui turbada: enjuga una lágrima y permanece con la cabeza baja.*)

ESCENA VII.

DICHOS, Y UN CRIADO QUE ENTRA.

CRIADO. (*Desde una de las puertas del fondo.* La sopa está en la mesa.

CONDE. Al comedor, señores. (*dirigiéndose al Marques.*) Serás por hoi el caballero de la Condesa: ofrécela el brazo que en cambio yo llevaré á Matilde. (*El Marqués se dirige á la Condesa, le presenta la mano*

que ella acepta con manifiesta emocion. El Conde toma la de Matilde, y Don Cándido obliga á Don Julian á tomar su brazo. Todos se dirigen á la puerta del fondo.

Pablo. (*Observando á los que salen y con intencion mui marcada.*) Se conocen.... no hai duda. Hai aquí un misterio fatal acaso para otros....para mí lleno de esperanzas! Trataré de penetrarlo.

CAE EL TELON.



ACTO SEGUNDO.

Jardin del palacio del Conde de Alarcon, iluminado como para una fiesta.—En primer término una galería con dos puertas á sus extremos, estas comunican con los salones de baile,—A la izquierda del espectador, entre algunos arbustos, un banco de piedra. En el fondo una verja, y tras ella continua otra parte del jardin.

ESCENA I.

Al levantarse el telon, algunas parejas que se pasean por la galería, van desapareciendo de la escena por la puerta de la derecha. *Don Cándido y Matilde* forman la última pareja.

Pablo, pensativo, sentado en el banco piedra.

PABLO. Diez dias de martirio cuento ya desde la llegada del Marqués: diez dias tan negros como creo no los viviré jamás....Pero nó, no se efectuará ese matrimonio: yo he de impedirlo, aunque me cueste quemar el mundo entero, sacrificar mi porvenir, y hasta perder la vida, (*Pausa.*) La vida, el porvenir ¿qué valen para mí sin Matilde? Ella pertenecer á otro? jamás! (*Con fuego.*) ¿Lo oyes destino mio? jamás!.... su corazon es mio......... mias las lágrimas que hoi corren de sus ojos, mios los suspiros que estremecen su seno, y mio el amor que alimenta su alma. Oh! se engañan todos si creen que facilmente me la dejo arrebatar. Insensatos! Ignoran que el infierno me ayuda: me creen débil para defenderla, inerme para luchar con ellos, acorazados como están por el egoismo y la soberbia, y no ven el rayo vengador que la fatalidad de-

todos ellos y mi propicia suerte, ha puesto en mis manos. (*Riéndose malignamente.*) Ah! Si los tengo bajo la planta de mis piés!

MATILDE. (*Desprendiéndose del brazo de Don Cándido.*) Perdone U. un instante. (*Se dirije hácia Pablo.*)

DON CÁNDIDO. (*Sorprendido.*) Hola! ¿Qué hai?.... qué la acontece, señorita? ¿la ha picado, acaso, un escorpion?

MATILDE. Pablo.

PABLO. Ah! ¿eres tú?

MATILDE. ¿Por qué no vienes al salon?

PABLO. (*Preocupado y cómo obedeciendo á una idea fija que lo absorve.*) ¡Dónde está Don Julian? (*Se oye á lo léjos la música de una cuadrilla.*)

DON CÁNDIDO. (*Impaciente.*) Señorita, ha empezado la cuadrilla. Van ya corridos seis compases.

MATILDE. Mi tutor juega su partida de tresillo.

PABLO. Debo hablarle ahora mismo.

MATILDE. ¿Quieres que le llame?

DON CÁNDIDO. (*Aparte.*) Perder así la cuadrilla que Lionfort me ha cedido para que la bailase con su novia! ¿Habráse visto cachaza semejante? (*Dirigiéndose á Matilde.*) Señorita Matilde, va U. á cojer un resfriado.

MATILDE. (*A Pablo que ha permanecido pensativo.*) ¿Por qué no me contestas? ¿quieres que haga venir á mi tutor?

PABLO. Perdona, yo iré á buscarlo.

DON CÁNDIDO. (*Aparte.*) Está visto que esta noche he de quedarme sin bailar. Solo por complacer al Marqués hubiera hecho el sacrificio de perder así mi tiempo, un tiempo tan precioso, con esa chicuela desabrida.

MATILDE. (*A Pablo.*) ¿Qué tienes? Me pareces sombrío....

PABLO. Oh! no es nada.

MATILDE. ¿No tiénes esperanza de salvarme?

PABLO. (*Con fuego y rapidez.*) Sí, sí, la tengo, y mui grande. Vamos.... (*Se levanta, recorre la galeria y se dirige á una de las puertas de salida.*)

DON CÁNDIDO. Venga U., señorita: hemos perdido por completo la primera figura, y si no nos apresuramos pierdo el solo que es mi fuerte. (*Dá el brazo á Matilde y desaparecen por la puerta de la derecha. Pablo los sigue.*)

ESCENA II.

DON JULIAN, ENTRA POR LA PUERTA DE LA IZQUIERDA.

DON JULIAN. (*Llamando.*) Pablo, Pablo.

PABLO. (*Revolviéndose y dirigiéndose á don Julian.*) Deseaba ver á U.

DON JULIAN. Y yo hace media hora que te busco...

PABLO. ¿Puedo saber?

DON JULIAN. (*Tomando una mano de Pablo y mirándole fijamente.*) Pablo.... Pablo, mala pécora...... no es á mí á quien tu puedes engañar: tu tramas algo.

PABLO. (*Confuso.*) Yo, señor, nada tramo: son otros los que traman aquí engaños y traiciones tan feas que repugnan y espantan.

DON JULIAN. Quiá! Estás viendo visiones! El Marques, antes que todo, es el caballero más cumplido que haya pisado esta corte, y su carácter leal, y la antigua amistad y el efecto que le profesa al Conde, lo ponen á cubierto de la maledicencia y del despecho de las malas lenguas como tú.

PABLO. (*Con vehemencia.*) Y qué! ¿pretende U. que yo crea, que no vieron mis ojos la turbacion de la Condesa y del Marqués en el momento de la presentacion, y que no oyeron mis oidos, distinta y claramente, aquel —*Es ella,*—ahogado de Lionfort, y el grito reprimido de Laura, al

mirar al Marqués? Ah! yo no he olvidado su turbacion profunda durante la comida, y el abatimiento de estos últimos dias, y esa inquietud extraña que de pronto la anima, para caer de nuevo, ella, ella, señor, tan caprichosa siempre, y tan pagada de su hermosura, en esa postracion de ánimo, en ese negro desaliento, cuyas sombras velan su rostro de mortal palidez, y oscurecen sus párpados, por donde he visto correr más de una lágrima!....

DON JULIAN. (*Preocupado.*) Hace diez dias que no te canzas de repetirme esas mismas palabras.

PABLO. (*A quien no se escapa la turbacion de don Julian.*) Ah! confiese U. que esa extraña conducta que indudablemente encierra un gran misterio no se ha escapado á su penetracion.

DON JULIAN. (*Siempre turbado, sin contestar á Pablo*) Nó! imposible abrigar semejante sospecha....Es una atroz profanacion!.... ¡Seria crímen horrible!

PABLO. Aseguro á U. que ese crímen tan negro es una realidad.

DON JULIAN. (*Con severidad.*) Calla, menguado! merecias te cortase la lengua.

PABLO. (*Retrocediendo.*) Señor....

DON JULIAN. Disponte; al ser de dia dejarás á Madrid, ve á ocultar tu saña á Salamanca.

PABLO. (*Con desesperacion.*) Qué dice U.? alejarme de aquí, separarme de....ella, cuando sin mí va á ser sacrificada!....

DON JULIAN. (*Con sorpresa.*) Cómo! qué dices? ¿serias capaz de desobedecerme?

PABLO. Señor, lo que soi y lo que tengo, lo debo á la generosidad de U., que recojió en la infancia á este huérfano desgraciado. Yo debo á U. la vida: no debo callarle la verdad. Amo á esa niña á quien U. y el Conde van á sacrificar: la amo con todas las fuerzas de mi alma: perdóneme si hasta hoi se lo he ocultado á U.

DON JULIAN. Insensato! ¿ Cómo has podido atreverte siquiera á levantar los ojos sobre una mujer, que bien sabias estaba destinada á otro hombre?

PABLO. (*Con abatimiento.*) No se manda el corazon.

DON JULIAN. (*Continuando*) Yo creia que tu cariño por Matilde no pasaba de ser un afecto sin consecuencia, una inclinacion de la infancia; jamás una pasion profunda, que pretendiera, como se atreve, á estorbar un pacto de familia, la última decision del padre de esa niña, en su lecho de muerte, y mi decidida voluntad. Ahora comprendo todas tus aprehensiones: los celos han trastornado tu cerebro: la desesperacion, el odio y el despecho te hacen proceder como un villano. Gracias, Dios mio! Tanta perfidia para el pobre Cárlos, por parte de su mujer y de su amigo, era un castigo inmerecido: era un crímen monstruoso. (*Lanzando á Pablo una mirada severa.*) Vete ahora mismo, á Salamanca, ó al infierno, que no eres digno de pisar esta casa.

PABLO. (*Que habrá permanecido anonadado, irguiéndose de pronto.*) Sí, me iré, me iré de aquí para jamás volver; pero nó ántes de probar á U. la verdad, la evidencia palpable, de cuanto he dicho á U.

DON JULIAN. Te atreves todavía, miserable?

PABLO. Ah! tengo una prueba que U. no puede rechazar (*con gozo feroz*), una prueba á que los ojos de U. no podrán resistir, á que sus oidos no sabrán oponerse, y á la que el mismo Conde apelaria como la última razon de un profundo convencimiento.

DON JULIAN. (*Espantado*). ¡ Qué dices! No mientes? Esa prueba, esa prueba al instante! (*con desprecio*) Pero qué prueba has de tener, miserable criatura.

PABLO. (*Sacando del bolsillo un programa de*

baile y presentándoselo á Don Julian.) Héla aquí!

DON JULIAN. (*Arrebatando el programa*). Y esto, qué significa?

PABLO. (*Con resolucion*). ¿Es ó no ese, el programa de la Condesa?

(*Todo este diálogo con mucha rapidez*).

DON JULIAN. (*Titubeando*). ¿Cómo puedo saberlo?

PABLO. ¿Recuerda U. con quien bailó la Condesa la primera cuadrilla?

DON JULIAN. Espera.... sí.... recuerdo: con el Duque del Rio.

PABLO. Lea U.

DON JULIAN. (*Despues de leer*). Aquí está escrito.

PABLO. ¿Y el primer vals?

DON JULIAN. No bailó: se paseaba conmigo.

PABLO. Vea U. si no está en blanco en el programa.

DON JULIAN. Cierto.

PABLO. ¿Y la segunda cuadrilla?

DON JULIAN. Esa sí la recuerdo: de mi brazo pasó al de ese trueno de Brigadier Montalvo.

PABLO. Lea U.

DON JULIAN. (*Leyendo*). Aquí su nombre.

PABLO. Y él....

DON JULIAN. Basta; y eso qué prueba?

PABLO. No ha leido U. aún, todo lo que contiene ese programa: hai algo escrito en él, mucho más interesante que la nómina de caballeros.

DON JULIAN. (*Recorriendo con la vista el programa*). Nada encuentro.

PABLO. Examine U. la segunda hoja.

DON JULIAN. (*Sorprendido*). Cielos! ¡Qué veo! Los ojos me engañan. ..!

PABLO. (*Arrebatándole el programa*). Se equivoca U: está escrito; está escrito. (*Lee en voz alta.*)—Por Dios, señor, por piedad para con una desdichada que se muere de amor y de remordimientos, no falte U. El jardin á la una estará solo; siquiera esta vez podremos hablarnos sin testigos. No he olvidado que U. al fin ha tenido

compasion de mis lágrimas, y que al terminar la segunda cuadrilla casi me ofreció que nos veríamos.—

DON JULIAN. (*Con horror*). Qué mónstruo! Quién lo hubiera creido!

PABLO. (*Con infernal satisfaccion*). Ya no pensará U. que yo miento.

DON JULIAN. (*Turbado*). Sí; no mientes, demonio, pero te has engañado. Esta cita no es para el Marqués: á ese infame duelista de Montalvo es á quien ella se dirige.

PABLO. U. se engaña.

DON JULIAN. Montalvo fue su caballero en la segunda cuadrilla.

PABLO. (*Con sarcasmo.*) Es U. quien ahora ve visiones.

DON JULIAN ¿Y este programa, cómo cayó en tus manos?

PABLO. Se lo he robado.

DON JULIAN. Al brigadier Montalvo?

PABLO. No, señor; al Marqués de Lionfort.

DON JULIAN. Mientes!

PABLO. Venga U. á la una y verá que no miento. (*Corre y desaparece por la puerta de la izquierda.*

DON JULIAN. (*Dirigiéndose apresuradamente á la puerta.*) Oyeme, desdichado: una palabra más: una sola palabra!

ESCENA III.

EL CONDE ENTRANDO Y CASI TROPEZANDO CON DON JULIAN.

DON JULIAN. Cielos! Cárlos. (*Aparte.*)

CONDE. (*Sombrío.*) ¿Qué agitacion es esa? ¿qué tiene U., tio mio?

DON JULIAN. (*Venciendo su turbacion y fingiendo cólera.*) ¿Qué ha de ser?....Ese necio de Pablo ha logrado enfadarme.

CONDE. Perdónelo U.: ese pobre chico es más desgraciado de lo que yo creia.

DON JULIAN. ¿Tú sabias....

CONDE. ¿A quién pueden ocultarse esos, que sin justicia calificamos de misterios del corazon? ni qué....pero no le detengo.... vaya U. al salon y no le riña.

(*El Conde continúa hácia el jardin. Don Julian sale despues de prodigar al Conde una mirada de profundo dolor.*

ESCENA IV.

EL CONDE SOLO.

CONDE. (*Mui preocupado.*) Heme aquí al fin frente á mí mismo. El marido y el hombre de mundo. Los celos, con todo su cortejo de ridículas presunciones, y mi refinada habilidad y mi penetracion. ¿Quién triunfará? Mejor. ¿Quién perderá? ¿Cuál de los dos verá mas claro? ¿Cuál de lodos se dejará engañar? ¿"Quién, el més " nos cauto? ¿Cuál el más hábil? El uno " hará por engañar al otro; se rendirá " el más débil. ¿Cuál es este?" El uno siente: el otro piensa. Uno tiene de su parte el corazon: el otro la cabeza. El corazon se engaña: el cerebro se estravía: la partida es igual. (*Pausa.*) Pero bien, ¿soi yo mismo el marido de hoi, y el seductor de ayer, quien tal angustia esperimenta? ¿Soi yo quien sufre esta horrible tortura que á tantos hice padecer? ¿Quién apura este cáliz amargo que repetidas veces, para otros, lo llenaron mis manos? (*Pausa.*) Por qué no? Si es tan justo. Cárlos de Alarcon es Cárlos de Alarcon. Mas no, me engaño: ¡no puede ser, no debe ser...... ¡yo no quiero sufrir este tormento! ¡Dios mio, Dios mio, no habia pensado nunca en martirio tan cruel! Deliras, me dice el corazon; pero ¿cómo creerlo, si el corazon es del marido, y la razon que es mia, la razon práctica del hombre de mundo, trata de demostrarme que soi.... que fuí.... ó que seré eng

ñado?—Decididamente es mi razon la que se engaña. Mi pretendida penetracion sufre la derrota que merece: triunfa mi corazon: sentir en ciertos casos, vale más que pensar: las heridas se sienten: el que padece, es el que mejor puede apreciar la intensidad del dolor que experimenta. (*con desesperacion.*) Pero si yo tengo destrozado el corazon! (*Se deja caer en el banco de piedra.*) (*Páusa.*) En vano he tratado de hacer creer á Aquíles que soi mui venturoso: no lo crée. La profunda tristeza que lo absorve desde el momento en que pisó esta casa, y su despego manifiesto por Laura, á quien casi no trata, claramente pregonan que sospecha, que sabe acaso, que la perfidia medra en el campo de las marchitas rosas de mi felicidad. Él sufre, porque me ve desgraciado. Desgraciado! sí, no lo puedo negar; pero tampoco tengo un motivo justo, una razon de peso que autorice mis constantes sospechas. Esta vida que llevamos, que Laura me hace llevar, de fiestas, de lujo, de aparato, espléndido desórden, torbellino violento en que ha lanzado nuestro amor conyugal, me asusta, me marea, me induce á cavilar que bajo el velo de esa nube de aristas de oro, polvo resplandeciente que levantan sus piés, se oculta el áspid.... áspid, cuyo veneno prueban mis lábios abrasados con la sed de los celos, con el calor de la sospecha. (*Pausa. Se pone de pié y se pasea*) He pronunciado una palabra que en realidad ha quemado mis lábios; pero ¿de quién sospecho yo? de nadie, de nadie, con razon; mas puedo sospechar de todo el mundo. Laura es jóven, bella, sí, mui bella! y seductora como jamás he visto otra mujer. La amo tánto, Dios mio, que pierdo la razon!....

Sin embargo, siento aquí (*señalándose el pecho*) que su corazon no es mio.... Su frialdad por mí, casi no la puede disimular.... Ayer la sorprendí llorando.... Si sufre, es porque no es dichosa; y no es dichosa, teniendo como tiene, todos los goces que mi amor le prodiga, porque su alma es presa de algun remordimiento! Despues de aquellas lágrimas ¿cómo esplicar esta fiesta? ¿por qué lloraba? ¿por qué palideció cuando le pedí una esplicacion de su tristeza........? Es criminal esa muger. Me lo grita, hasta aturdirme, el corazon. ¿Pero dónde la prueba convincente de su crímen? yo la necesito para salir de esta ridícula al par que desesperante situacion. Una prueba cualquiera que rasgue el velo de este abismo de sombras en que mi espíritu se pierde, va, viene, y desciende tropezando, ora con el remordimiento, ora con el crímen! ¡Una prueba, Dios mio, una prueba, aunque sea la de mi eterna desventura! Oh! yo la prefiero á estas dudas horribles que me acosan, á esta trailla de hambrientos tigres que me dan caza sin descanso. Busquémosla, busquémosla. (*Se dirige á una de las puertas y de pronto se detiene al sentir los pasos de Don Cándido que entra por la otra*).

ESCENA V.

DICHO, DON CÁNDIDO Y PABLO SIN VER AL CONDE.

DON CANDIDO. ¡Una aventura galante!

PABLO. Oh! Y de las más curiosas.

CONDE. (*Aparte*). ¡Qué oigo!

DON CANDIDO. (*Siempre sin ver al Conde*). Magnífico, magnífico: (*frotándose las manos*) hoi son tan raras en Madrid que la que se presenta, aunque propio no sea, es necesario aprovecharla. Pero dime, jóven novicio, aunque de tan buenas disposiciones

en achaques de galanteria, ¿dónde tendrá lugar aventura tan interesante?

Pablo. Hénos aquí en el sitio escogido por la incauta pareja para su proyectada cita.

Conde. (*Aparte*). Una cita! ¿me irán á dar estos necios la clave de algun escándalo ignorado? Tratemos de averiguarlo, para frustrar sus planes. (*Se oculta tras un seto*).

ESCENA VI.

PABLO Y DON CANDIDO.

Pablo. (*Hablando con vivacidad al oido de Don Cándido que avanza hácia el jardin con petulancia*). ¿Comprende U?

Don Candido. Bravo. Recorramos ahora el campo en que va á librarse la batalla. Este lance no es mio, ya lo sé; (*aparte*) ¡son tán pocos los que cuento en mi vida agitada! pero no importa, es un lance de amor y tomo parte como aficionado.

Pablo. Está U. en su elemento, y corre de su cuenta el éxito escandaloso de la jornada. Oh! Tendremos para reir por mucho tiempo.

Don Cándido. Descuida, daremos pasto á la mordacidad de los ociosos de esta corte por toda una semana. Pero estudiemos el terreno; pues necesario es preveerlo todo. Me hace falta un cata—léjos, mas he aquí mi cata—cerca, suple la dificultad. (*Saca un lente que se aplica á un ojo.*) Perfectamente. (*Recorriendo el jardin con el lente.*) Hermoso campo, aunque un tanto accidentado, pero propio para movimientos estratégicos. (*Fijando el lente en la balaustrada del jardin.*) Allí, una eminencia; empinada por cierto,....la ocuparé yo.

Pablo. (*Riéndose.*) Ofrece una segura retirada en caso de desastre.

Don Candido. Desastre! no se me habia ocurrido, y francamente que la tal idea no deja de

preocuparme, porque todo puede suceder. Ese diablo de Montalvo, á quien vamos á jugar esta mala pasada, no es hombre de llevarse de bromas, y es capaz de dejarse arrastrar por su colérico carácter y cometer una barbaridad.

PABLO. ¿Y quién nos asegura que el galan de la fiesta sea el Brigadier Montalvo?

DON CANDIDO. Diablo de pregunta; pues no me has dicho que el Brigadier era el galan!

PABLO. He repetido á U. lo que me han dicho, pero no lo aseguro, y....

DON CANDIDO. De todas maneras, me parece prudente ocupar la altura. Pero...¿quién habia de imaginarse que una bella dama, cual la que me has descrito, se prendase de semejante matasiete?.... Segun he comprendido la heroina del lance es una mujer casada?

PABLO. Oh! y de una elevada posicion.

DON CANDIDO. Es posible!

PABLO. Como lo digo á U.

DON CANDIDO. (*Meditando.*) Se me ocurre que la marquesita de Almenáres figura en este enredo.

PABLO. Va usted desacertado, nuestra heroina sobrepuja en belleza y blazon á la Almenáres.

DON CANDIDO. ¡Cáspita!!! Será acaso la Duquesa del Rio?

PABLO. Más bella todavia.

DON CANDIDO. Cuerno! La Espinela?

PABLO. Más alto, amigo mio

DON CANDIDO. La Medina del Tajo?

PABLO. Más bella, si es posible.

DON CANDIDO. (*Desconcertado.*) Demonio! Mas hermosa que las cuatro estrellas que mis labios acaban de nombrar, no existe sino el Sol y....

PABLO. Y ese Sol....?

DON CANDIDO. Ese Sol....no me atrevo á creerlo, es la condesa Laura.

PABLO. (*Sonriendo.*) No insista U. en sus indagaciones. Con que....

DON CANDIDO. Oh! Qué mal gusto tienen de ordinario

las mujeres ! Preferir una dama, tan alta, á ese maton, á ese galan de barrio, á hombres delicados y galantes, que no faltan... podria citar algunos: nuestro apuesto Don Juan, el Marqués de Lionfort, en primer termino, y luego....yo, yo tambien, por qué nó? En el pellejo de ese marido incógnito, no toleraria á mi mujer un amante, que por ridículo me humillase.

PABLO. Quizás no tenga U. de qué quejarse.....

DON CANDIDO. Cómo !

PABLO. Es tan lógica la fortuna....Pero no hai mas que hablar; me esperan en el salon. De U. depende el éxito feliz de la jornada. Sorprenderemos al....al Brigadier y nos reiremos en sus barbas de su falta de discrecion. Con que no hai que faltar; á la hora convenida aquí todos, y luego. ..á reirnos hasta reventar. (*Se aleja.*)

DON CANDIDO. Pierde cuidado, (*Saluda á Pablo con la mano á tiempo que este desaparece.*)

ESCENA VII.

DON CANDIDO SOLO.

DON CANDIDO. Este chico promete, y á fe que le tenia por tonto. El lance proyectado le hace honor; pero terminemos la inspeccion del terreno por lo que pueda suceder. (*Recorriendo el jardin de nuevo con el lente y fijándolo al fin en el seto tras el cual se oculta el Conde.*) Otro punto estratégico! Magnífico! Propio para colocar una emboscada. Estoi por preferirlo á la altura; pero no, carece de retirada y el enemigo es sanguinario y no dará cuartel. En suma, dos posiciones extratégicas de muchísima ventaja, (*señala las puertas*) y ese par de troneras desde donde tronará nuestra artillería de sitio. Una posicion digna del genio de Bonaparte. Por lo que

hace al enemigo, si es experto, adoptará en el presente aprieto, la sabia táctica de Espartero: marchas y contramarchas y repliegues de línea, y engañosas retiradas; bellas maniobras, pero ineficaces; al fin tendrá que dar la cara, pero abrumado por el número será forzoso que replique. Pero, ¿á qué punto más cubierto? no veo ninguno que le favorezca, (*ve con el lente*) ninguno. Está perdido, solo le queda el heroismo como último medio para quedar airoso, y salvar, si no la vida, el honor por lo ménos. Hará prodigios, no hai que dudarlo; y allí, (*señalando el banco de piedra,*) allí, á campo raso, formará como *Cambronne*, el último cuadro de la guardia, gritará como el héroe de *Wäterloo*... lo que reza la leyenda; y asunto concluido. Morirá como bravo....ó capitula!

ESCENA VIII.

DICHO Y EL CONDE AVANZANDO AL PROSCENIO, TURBADO, PERO DISIMULANDO. LUEGO UN CRIADO.

CONDE. (*Aparte.*) Oh! ya te tengo, prueba infernal que tanto ambicionaba....pero los planes de ese miserable no han de llevarse á cabo, no me expondré al ridículo de semejante escándalo; pero.... ¿cuándo el dia y hora de cita tan infame? (*señalando á Don Cándido.*) Tú me lo dirás.

DON CANDIDO. (*Paseándose con pedantesca satisfaccion*). Erré mi vocacion.... si hubiera seguido la carrera de las armas, ¡adios del Duque de la Victoria! y del Marqués de los Castillejos! Aquí (*señalando la faltriquera del pantalon*) estarian los dos.

CONDE. (*En alta voz*). U. por aquí, Don Cándido?

DON CANDIDO. (*Sorprendido*) (*aparte*). El Conde! (*en voz alta, disimulando*). Sí, sí, hace tanto calor en los salones, y.... sobre todo, h sido tan agitado el valse que acabo d

bailar.... que necesitaba tomar aire para no ahogarme, ¿no ve U. como estoi de fatigado?

CONDE. Bien se vé, U. está pálido y casi no puede resollar.

DON CANDIDO. (*Aparte*). Si viene ántes nos pilla. (*Alto*). Voi á dejar el baile, me fatiga mucho, y temo por mi salud. ¿Y U, Conde?

CONDE. Me ha pasado lo que á U, me he fatigado en el vals, y....

DON CANDIDO. (*Interrumpiéndole.*) ¿Y viene U. á respirar un aire fresco? Es un buen refrescante; pero es mui peligroso.

CONDE. (*Con curiosidad*). ¿Por qué?

DON CANDIDO. Oh!.... se puede atrapar una pulmonía, un reuma, en fin, tántas cosas!....

CONDE. Y U, nada atrapa?

DON CANDIDO. (*Desconcertado un tanto*). Yo.... si.... no.... yo estoi acostumbrado.

CONDE. ¿Y á qué horas de la noche es que le agrada á U. más tomar el fresco? En esto hai caprichos como en todo. A mí, por ejemplo, me parece que el aire está más puro á.... al punto de media noche.

DON CANDIDO. (*Aparte*). Vaya una pregunta! (*Alto*). A mí, como á U, no me desagrada esa hora. (*Saca el reloj y lo ve*). (*Aparte*). Pasada la media noche....

CONDE. (*Como continuando lo que Don Cándido deja de decir*). Pero.... U. prefiere.... otra....?

DON CANDIDO. Esta, y las dos y la una, me son indiferentes.

CONDE. (*Aparte*). Me basta; de aquí á las dos es la hora fijada si ha de ser esta noche. Este necio para escusar su presencia en este sitio se ha cubierto con la verdad que me queria ocultar. (*En voz alta*). No estamos de acuerdo.

UN CRIADO. (*Entrando*). Señor Conde, el Duque del Rio espera á U. para la partida de ecartée.

Conde. Voi al momento, (*saludando á Don Cándido*) ¿y U. no viene todavía?

Don Candido. Sí, sí, le sigo á U, apostaré á su mano. (*Da algunos pasos en seguimiento del Conde, luego se detiene.*)
(*Sale el Conde*).

ESCENA IX.

DON CÁNDIDO, PREOCUPADO.

Don Candido. ¿Sospechará Alarcon esta cita? ¿Dudará de la Condesa? El es hombre de mundo, y á zorro viejo no lo engañan las gallinas; pero tambien es marido, que es como si dijeramos ciego de nacimiento. En fin lo que fuere sonará, yo entre tanto daré, con precaucion un paseito por el fondo del jardin, y cuando sea preciso á la altura (*señalando la balaustrada*) allí plantaré mi bandera y que arda Troya. (*Se aleja cojiendo flores que coloca en la solapa del frac, y desaparece por el fondo del jardin, á tiempo que la Condesa asoma por una puerta, y el Marqués por otra; ella mui agitada; el Marqués tranquilo.*

ESCENA X.

EL MARQUES, LAURA.

Laura. (*Indecisa; el Marqués conmovido, aunque disimulando su turbacion, se acercan lentamente.*) Gracias, gracias, es U. mui generoso.

Marques. (*Con frialdad forzada.*) Señora.... no se engañe U. He aceptado al fin esta entrevista, que U. se esfuerza en realizar hace tres dias, porque un debèr sagrado, acerca del cual mucho he meditado, no solo me autoriza, sino que me impele, á tener con U. tan estraña como solemne conferencia.

LAURA. No es otra mi intencion, caballero. Tengo una gracia que pedir á U; puede serle costosa; tal vez, no tenga razon para pretender imponerle un sacrificio; pero es tan egoista el corazon!.... ¿qué quiere U.?....

MARQUES. ¡Una gracia!....Verdaderamente, no se si esté en mi mano concederla!

LAURA. Ah!

MARQUES. Perdóne U., señora, pero....

LAURA. No se disculpe U.... Soi tán desgraciada! ¡He padecido tánto, que nada me sorprende! Sin embargo, esa frialdad hiela, á mi pesar, mi corazon. ¡Por qué ha venido U.? ó mas bien ¿por qué no he muerto yo?

MARQUES. (*Haciendo esfuerzos por dominar su agitacion.*) Señora, nosotros no nos conocemos ya, no debemos conocernos.

LAURA. (*Retrocediendo.*) Ah! (*Luego con agitacion.*) Sabedlo de una vez, os he instado á esta entrevista para deciros, para rogaros, para suplicaros con el alma, que dejeis esta casa, que que no volvais á ella!.... Pero que antes, de partir.... que nunca.... que jamás!...., ¡No me atrevo á decíroslo, no tengo derecho para tanto! Pero.... si yo no lo tengo, ¿quién lo tiene? Mirad: mis ojos que no se han cansado de llorar, miradlos escaldados! ¡Un año, sin descanso, de lágrimas, de remordimientos, de infinitos é infructuosos esfuerzos por borrar una imágen de mi alma, un recuerdo de mi memoria, ha pasado sobre mí, dejando impresa sobre mi corazon una huella profunda.... un surco que rebosan mis lágrimas;.... y, sin embargo, ¿cómo exijiros el sacrificio que mis lábios no se atreven á pronunciar?

MARQUES. (*Profundamente turbado.*) Señora, por favor.... me destrozais el corazon; pero no, U. delira, yo no existo para U.

LAURA. Basta de fingimiento, caballero....

¡ Aquíles ! ten piedad de esta pobre desgraciada !

MARQUES. Qué oigo ! Vos desgraciada !

LAURA. Cruel. ¿ No piensas que esas palabras de inconcebible indiferencia despedazan mi alma ? ¿ No ves que yo no tengo la culpa de adorarte, por mas que este sentimiento en mí sea criminal ? Yo no merezco tu desprecio, Aquíles; yo he luchado contra tu memoria ; yo he impuesto castigos mui severos á mi pobre corazon, porque infiel á su deber era fiel para contigo ! Yo he tratado de aturdirme en una vida, al parecer, de flores.... ¡ en el fondo, de espinas.....lanzándome á la corriente en que perecen, por vanidad, las mujeres sin corazon. El mio, á mi pesar, ha flotado sin sumergirse ¡ no me ha dejado ahogar ! He buscado en todas partes el fuego de las pasiones para quemarme en él, y reducir, junto conmigo, tu recuerdo á cenizas ; no lo he logrado, mi corazon se ha mantenido incombustible !—Y tu amor, tu recuerdo, tu imágen siempre presente en mi memoria, la causa de mi martirio, el torcedor de mis remordimientos y mi eterna desesperacion, es, y fué siempre, sin perder nada de las crueles torturas á que me ha sometido, mi única dicha y mi solo consuelo ! (*Pausa, y sorprendida luego del silencio agitado del Marqués*). ¿ Y qué ?.... ¿ ni una palabra, ni una mirada tuya ?.... ¿ Es tánto tu desprecio, tánto tu desamor, Aquíles, que no merezca siquiera....que me mates ?

MARQUES. (*Con abatimiento.*) Yo juré por mi honor no saber vuestro nombre, he faltado, sin querer, á aquel mi juramento....y me castigó....

LAURA. (*Con esperanza.*) Ah ! yo te absuelvo.

MARQUES. Pero no yo señora.

LAURA. ¿ Es posible que así, que de ese modo, te atormentes tu mismo ? Yo sé que tú

me amas, sé que tu corazon es generoso, que eres el más perfecto de los hombres, que yo fuí tu primera pasion; sí, yo, tu pobre Laura, tu ángel de la Magdalena, como tú me llamabas.

MARQUES. Señora, por piedad !.... (*enjugándose una lágrima con disimulo.*)

LAURA. (*Con trasporte, tomándole la mano.*) Ah! esa lágrima, Aquíles, esa lágrima que tratas de ocultarme, déjala correr! ¡Ella compensa todas mis amarguras, ella alivia todos mis dolores! Acaso no la merezca; mas, ay! si no me amaras cómo la habrias de derramar?

MARQUES. (*Primero con desesperacion y callendo de rodillas, luego con severidad.*) Laura!....Laura! Señora, U. se engaña, yo.... la detesto!

LAURA. (*Cae abatida en el banco de piedra.*) Ah!....

MARQUES. ¿Sabe U., desdichada, á quién yo he traicionado, á quién traiciono todavia, siquiera oyendo esas palabras seductoras, que hasta á un ángel del cielo provocarian á la perfidia y á la infamia? ¿Sabe U. quién para mí es ese hombre á quien U. todo lo debe: amor, honra y respeto, y de quien lleva el nombre más inmaculado que registran los fastos del honor? Sépalo U. Ese hombre es.... ¡mi amigo! — ¿Comprende U? ¿comprende lo que en propiedad esa palabra significa?—¡Mi Dios, despues de Dios, sobre la tierra! ¡Mi.... Pero.... ¿á qué más? si ya lo he dicho todo!

(*Pausa*).

LAURA. (*Sollozando*). Jamás he amado al Conde.

MARQUES. ¡Calle U, no blasfeme!

LAURA. No. ¡Es necesario que me oigas! Yo no soi tan culpable como tú lo supones, como el mundo me juzgará quizá! Contra mi voluntad me unieron á Alarcon, él no ignoró esta circunstancia y aceptó, por deber

hácia mis padres, una esposa que le entregaban sin afecto! La brillante posicion del Conde me deslumbró al principio; pero mi corazon sordo al reclamo del amor conyugal, permaneció cerrado. ¡Yo no habia amado nunca! Propiamente, no sabia qué era amor. Vacio mi corazon, mi espíritu, por el mundo exaltado y por sus goces, cojió el timon de la nave ligera, y, al inconstante soplo de todos los caprichos de la imaginacion, comenzó á navegar, loco, sin tino, sobre las ondas pérfidas de un mar siempre agitado por recios vientos y peligrosas tempestades! Allí nos encontramos: primero, en un remanso, donde mi barca, como la tuya, habia echado anclas, y descansábamos, en Dios puestos los ojos, de tan ruda fatiga. Luego, en medio del mar, locos, perdidos, corriendo á la ventura, entre sirtes y escollos, bajo el soplo violento de estrepitosa tempestad! Mi pobre barca, sin timon ya y sin brújula, chocó contra un escollo. ¡Naufragio vergonzoso la esperaba! Tú la salvaste, y tuyos fueron sus despojos, mi alma, y con ella ¡mi gratitud!.... ¡¡mi amor!! Ah! Yo no habia amado todavía. Tú fuiste la llama que me incendió de amor; tú me hiciste dichosa ¡sin marchitar mi pureza! Y ese pecado fué mi felicidad! Perdona estos recuerdos, perdónalos, Aquíles, en gracia de que yo misma casi me veo tentada de absolverme de semejante culpa.

Marques. (*Tendiéndole la mano, que Laura estrecha con emocion apasionada*). Laura....

Laura. Ah!

(*Se ven sin hablarse*).

ESCENA XI.

DICHOS, Y DON CANDIDO TREPANDO SOBRE LA BALAUSTRADA Y SENTANDOSE A HORCAJADAS SOBRE ELLA.

DON CANDIDO. (*Aparte.*) ¡¡Estoi soñando!! El Marqués de Lionfort!! y la Condesa Laura!!

MARQUES. (*A Laura.*) ¡Qué situacion, señora!

LAURA. (*Llorando y sonriendo.*) ¡Aquíles, no me llames así!

MARQUES. (*Reaccionándose.*) No de otro modo; ¡U. es sagrada para mí! ¡Y ántes de cometer de hoi en más, una falta que afectase mi honra, preferiria morir!

LAURA. (*Alarmada.*) No, por piedad! no pienses en morir!

MARQUES. Oyeme, desdichada: Un sacrificio grande, mui grande, es necesario para curar herida tan profunda!

LAURA. Ah! yo lo haré sin quejarme....

MARQUES. No, es á mí á quien le toca, ¡y lo haré! Me cuesta cometer una accion cruel que repugna mi alma, que rechazan todos mis sentimientos; pero, en obsequio vuestro, y sobre todo, ¡de aquel á quien, sin ser yo un mónstruo, no puedo traicionar!....lo haré, señora! ¡Mañana doi mi mano á....

LAURA. (*Interrumpiéndole.*) Ai! querria morir primero!!

MARQUES. (*Con solemnidad.*) No hai otro medio Laura, y vos me ayudareis. ¡Mañana doi mi mano á esa pobre Matilde, y me alejo para siempre de aquí! Habia resuelto, despues de conocer que amaba á Pablo, negarme en absoluto á recibirla por esposa, y dejarle esa felicidad al hombre que ella amaba; pero despues de lo que pasa, despues de haber sondeado mi alma y vuestro corazon, ¡esa niña inocente, escogida por la fatalidad, como víctima expiatoria, será sacrificada!

LAURA. ¡No, por piedad! Esta cita á que

os he arrastrado, á mi pesar, no ha tenido otro objeto que suplicaros no dieseis vuestra mano á otra mujer. ¡Todo, todo lo prefiero á ese tormento! Alejaos para siempre, pero que sepa yo que nadie ocupa el puesto que un dia pude ocupar en vuestro corazon!

MARQUES. ¡Laura, me siento resbalar á un abismo, en cuyo fondo solo alienta la infamia!.... Pero nó.... no caeré! ¡la amistad triunfará del amor!

LAURA. (*Balbuceando.*) ¡Horrible sacrificio á la amistad!

MARQUES. ¡¡Santo, señora!!

LAURA. (*Delirante.*) ¡No es el amor el que merece tan terrible castigo!

MARQUES. ¡Deliras! Es él quien lo merece porque él es el culpable; porque de esos dos sentimientos es el único que se puede sacrificar: ¡es reo y merece el suplicio! ¡El amor, señora, la ménos escrupulosa de nuestras pasiones, es un tirano egoista y despiadado, que no respeta lágrimas ni congojas; un ladron, que á veces nos despoja de todo sentimiento noble y generoso; un azote, que pasa por sobre la desgracia, como las llamas de un incendio indiferentes al estrago que causan! ¡Bien puede soportar un gran dolor quien sabe proporcionar tanto dolores! La amistad, por el contrario, generosa de suyo, es toda abnegacion, no se la puede matar. Si el puñal de la perfidia se esgrime para herirla, es porque ya no existe. ¡Ella jamás ha sido traicionada! De ordinario en el mundo, un sentimiento mezquino, de aparente semejanza con ella, pasa por ella, y hace que se la calumnie.... ¡Hija del cielo y pura, como su almo Dios, es inmortal!

LAURA. *Cayendo de rodillas á los piés del*

Marqués.) ¡ Señor,.... señor, cuánta generosidad ! cuánta nobleza ! ¡ Ella me da la muerte, pero yo la bendigo ! !

MARQUES. (*Levantándola, sollosando.*) ¡ Adios, Laura, adios !.... Esta será nuestra última entrevista, ¡ adios ! ¡ Daria mi vida porque fueras dichosa !

Se va por el fondo del jardin. Laura, abatida, se deja caer sobre el banco, y llora.

LAURA. ¡ Ahora, para qué la vida ?

DON CANDIDO. (*Desde la balaustrada, viendo alejarse al Marqués*)

¡ Diablo, ya era tiempo ! Ah ! qué ansiedad la mia ! Si tarda un minuto más, bajo y le aviso.

ESCENA XII.

DICHOS, EL CONDE, ENTRANDO CON PRECIPITACION.

CONDE. Ella no está en la sala, Montalvo tampoco, pero este es su programa.... Sí, este es su programa.... ¿ será la hora de la cita ?

DON CANDIDO. (*Aparte.*] Pobre muger !

CONDE. (*Divisando en la sombra el bulto del Marqués, que se aleja.*) Aquel hombre que se aleja es Montalvo, me lo dice la sangre que humedece mis labios....pero ella!.... *divisando á la* Condesa.) ¡ Allí, Magdalena llorosa, despues de su pecado !.... (*haciendo esfuerzos por serenarse.*) Para la venganza queda tiempo, salvémonos ahora del ridículo ! (*Se dirije hácia Laura.*) *Esta, absorta, no le vé llegar, y no despierta hasta que el* Conde *no le toca en el hombro.*)

LAURA. (*Lanzando un grito.*) Señor ! !

CONDE. Silencio ! (*Tapándole la boca con la mano.*) Silencio ! desgraciada, ó tu crímen enjendra aquí otro crímen ! Ven.... (*Laura se levanta.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, PABLO Y DON JULIAN, LUEGO UN GRUPO DE CONVIDADOS QUE INVADEN LA GALERIA.

PABLO. (*Con feroz regocijo, señalando el grupo que forman el Conde y Laura.*) Diga U. si he mentido.

DON JULIAN. (*Con pesadumbre*) Quisiera estar ciego!

GRUPO DE CONVIDADOS. Campo á tan feliz pareja. (*Se abren en alas.*)

DON CANDIDO. Buen chasco llevan.

CONDE. (*Llevando del brazo á Laura, casi arrastrada*) ¡ Valor, señora!

LAURA. Piedad! (*Van acercándose.*)

DON JULIAN. (*Sorprendido.*) ¡ Qué veo!

PABLO Maldicion!....

GRUPO DE CONVIDADOS, El Conde y la Condesa!

CONDE (*Sonriendo y atravesando las filas, con serenidad.*) (*á Laura*) No te decia yo que se iban á llevar tamaño chasco? (*al grupo.*) ¿ Y qué; tiene algo de estraño, caballeros, que un marido galante dé citas á su esposa?

CAE EL TELON.



ACTO TERCERO.

El mismo salon del primer acto, profusamente iluminado.

ESCENA I.

Marcelo inspeccionando el arreglo del salon, y un criado que al levantarse el telon hará como que termina de encender las bujias.

MARCELO. (*Al criado.*) Está bien, enciende ahora el jardin; (*interrumpiéndose*) qué jardin ni que diablo!....quise decir el comedor. Vé muchacho, vé y que te ayuden. (*sale el criado.*) Está visto; no se me quita de la cabeza ese jardin maldito! Cómo no ?.. Pobre señor! En verdad, que no merece la pena negra que le dan....Si era de esperarse. Yo siempre habia cavilado, que tanta fiesta y jaleo y tanta bulla no acabarian en nada bueno. Y todavia, á medio morir, y con mas tristezas en la casa que penados en el purgatorio, fiesta tenemos! Sinembargo, no debo ser injusto con las apariencias; pues salvo aquellas etravagancias de la señora, en Paris, durante los pocos dias que estuvo ausente el Conde, y aquel vago rumor que anoche circulara en el baile, de una cita en....no lo nombro, con....si estoi por no creerlo, con aquel cascarabias de Brigadier, mis ojos no han descubierto nada, ni por asomos, que pudiera afectar directamente á la Condesa. Pero ese rumor de anoche ha trascendido; y por mas que hasta ahora, gocemos aquí todos de una calma aparente

y no haya habido truenos y relámpagos, los semblantes que veo me revelan una interna agitacion, una zozobra, en fin, que nada bueno augura y que á ciencia cierta presajia una calamidad. Oh! La desgracia, como los malos huéspedes, no se hace esperar, la tendremos aquí y nos arropará á todos.

ESCENA II.

Dicho y un criado que entra por la izquierda.

CRIADO. Señor Marcelo....

MARCELO. Que ocurre?..

CRIADO. El señor Conde ordena á usted hacer enganchar su coche de caza, y que vaya á esperarle á las once, en la puerta secreta del jardin.

MARCELO. Su coche de caza!

CRIADO. Como usted lo oye.

MARCELO. Para las once........Estás seguro de no haberte equivocado.

CRIADO. Estoi seguro.

MARCELO. (*Aparte.*) Al fin estalló la bomba, (*alto*) está bien, comunica esa órden al cochero particular del Conde.
(*Sale el criado.*)

ESCENA III.

Marcelo, solo.

Esa órden........ay! no se por qué me ha sonado como un toque de............ arrebato, como un doble de ánimas, (*se santigua*) ¡como el chirrido de ese sombrio avechucho que presagia desgracias por suceder! (*Pausa*) Un matrimonio y un......duelo, no son compatibles. De noche! y despues de la boda de su mejor amigo....¿será realmente á un duelo á donde el Conde irá á las once! Ese funesto Brigadier, aseguran que es un desalmado, un camorrista

de profesion, capaz por el placer de dar una estocada, de batirse en jueves santo, con su propio padre! Dicen que debe muchas, y que ha matado más gente en desafíos, que moros en Tetuan toda su Brigada!....¡ Pobre amo mio!....

ESCENA IV.

DICHO Y EL CONDE ENTRANDO POR LA PUERTA DE LA IZQUIERDA, CON AIRE SOMBRÍO.

CONDE. Y tener que esperar todavía....

MARCELO. (*Como asustado y aparte.*) El señor Conde....!

CONDE. Dí, Marcelo; ¿ comunicaste al Marqués mi deseo de verle, inmediatamente, á su vuelta de San Agustin?

MARCELO. El señor Marqués llegó á la fonda á las cinco, y me dijo que vendria al cambiarse de traje.

CONDE. Gracias. (*Le hace seña de que lo deje solo, Marcelo se vá y el Conde se sienta apoyando el codo en una mesa y la cabeza en una de sus manos.*)

ESCENA V.

CONDE, SOLO.

Pobre Aquíles! ¡ cuánto vá á padecer cuando sepa mi inmensa desventura! No he tenido valor para comunicarle mi desgracia, ni para darle parte en este duelo....¡ la noche de su boda! ¿ Pero, cómo no abrirle mi corazon, y al mismo tiempo ¿ cómo manifestarle que por una muger he sido traicionado, cuando esta misma noche vá á unirse para siempre á otra muger? Sería vaticinarle un fin tan desgraciado, como el mio: seria decirle, con la voz de mi dolor, que estimará como voz de lo alto: —huye! ¡ no la des tu mano, si no quieres morir como yo muero! ¡ es la serpiente del paraiso la que tienes delante!—

Y si nada le digo, si con estas ideas que me atormentan callo, por pagarme de generosidad, el peligro que acaso le amenaza, ¿no cometo una falta? Lo sabrá todo, todo se lo diré. Entre los dos jamás hubo secretos: reprobaria con razon mi reserva, y lo siento, la reprobacion de Aquíles seria un suplicio más. (*Viendo su reloj y levantándose.*) ¡Cuán lentas corren las horas esta noche! ¡El hombre que me ha robado mi ventura las cuenta y las vive todavía! Pero le mataré un minuto despues que nos veamos. ¡Tiempo, vuela ligero; el odio que me abrasa tiene alas inmensas y sigue con dificultad tu lento paso!... ¿Y ella?... Sé por ventura lo que yo haré con ella?....

ESCENA VI.

DICHO, EL MARQUES (*en traje de ceremonia.*)

CONDE. (*Interrumpiéndose al divisar al Marqués.*) Ah! llegas al fin.

MARQUES. (*Estrechándole la mano.*) Aquí me tienes, aunque un tanto fatigado, por ese viaje que he tenido que hacer á San Agustin. Como marido que voi á ser, me ocupo de ordenar mis negocios. Pero dime, ántes que todo, ¿qué motivo has tenido para ese desagrado con Montalvo?

CONDE. Lo sabes ya?

MARQUES. En la fonda de Embajadores no se habla de otra cosa. Al apearme del carruaje, fué lo primero que supe.

CONDE. (*Con ansiedad.*) Y qué te contaron?

MARQUES. Que esta tarde á las tres, y....por no sé qué tontería, lo provocaste en el Suizo. Semejante proceder, mi querido Cárlos, me sorprende mucho en tí.

CONDE. Y ¿qué más te dijeron?

MARQUES. Nada más.

CONDE. Pues no te han dicho todo!

MARQUES. (*Impresionado.*) Y ¡qué más iban decir!

CONDE. (*Con profunda tranquilidad.*) Que el Brigadier montado en cólera por mi provocacion.....levantó la mano como para abofetearme el rostro!

MARQUES. Cómo!! Y no ha muerto!!!

CONDE. No, todavía; pero esta noche morirá.

MARQUES. Esta noche?

CONDE. ¡Al ser la una!

MARQUES. Pero, dime, Cárlos, ¿qué motivo has tenido para provocar á ese hombre, cuyo carácter no está oculto, á que te hiciera vejámen semejante?

CONDE. Te retiraste anoche mui temprano del baile?

MARQUES. ¿Qué quieres decir?

CONDE. Respóndeme!

MARQUES. Sea: á la una, poco más, poco ménos.

CONDE. Tan temprano?

MARQUES. Tenia, como sabes, sumo interés en estar temprano en San Agustin, y habia de volver esta tarde y recorrer doce leguas.

CONDE. No te ví salir.

MARQUES. Me escapé á la francesa; y por no llamar la atencion salí por la puerta escusada del jardin, donde habia ordenado que mi coche me esperase.

CONDE. (*Con rapidez.*) ¿Saliste por el jardin?

MARQUES. Ya te lo he dicho.

CONDE. Y nada viste?

MARQUES. (*Sorprendido.*) Nada de estraordinario ¿pero por qué tantas preguntas á la vez?

CONDE. Comprendo ahora que no te espliques el motivo oculto de mi provocacion al Brigadier.

MARQUES. (*Con inquietud.*) ¡No me lo esplico!....

CONDE. Conociendo el carácter violento de Montalvo, lo provoqué con un pretesto fútil hasta exasperarlo y obtener que me insultase, como lo hizo. De esta manera

era mio, pues yo imponia las condiciones de un duelo, que él ha aceptado á muerte para esta misma noche!

MARQUES. Lo que me cuentas no lo puedo entender: en todo eso hai un misterio....

CONDE. Que adivinarás cuando te diga.... que ese hombre.... que ese miserable.... es el amante....

MARQUES. (*Espantado.*) De quién? habla! de quién, desventurado?

CONDE. (*Con abatimiento.*) De mi mujer!

MARQUES. (*Retrocediendo.*) Oh! no es cierto.

CONDE. Tengo pruebas, Aquíles, que ojalá no tuviera!....

MARQUES. Pruebas? dices que tienes pruebas?

CONDE. Sí, é inapelables! ¡Anoche, durante el baile, tuvieron cita en el jardin!..

MARQUES. (*Con vivacidad.*) Una cita? Una cita en el jardin?

CONDE. Sí.

MARQUES. Pero si eso es imposible.

CONDE. Te engañas. Yo llegué cuando el infame se alejaba y sorprendí á la Condesa....

MARQUES. (*Con desesperacion.*) ¡Se abrió el infierno!

CONDE. Dices mui bien; se abrió para recibir á los culpables!

(*El marqués anonadado se deja caer en un sillon.*)

CONDE. ¡Ya ves, amigo mio, cuán desdichado soi! Yo presentia mi desgracia! Mi semblante no te ocultó los sufrimientos que me hacian padecer las sospechas! En el primer momento en que despues de tres años nos volvíamos á ver, me preguntaste si era desgraciado, y te oculté la verdad! Pero, serénate.... ¿Soi yo, la víctima, quien de los dos en este trance se muestre más tranquilo?

MARQUES. (*Reaccionándose.*) No, ese duelo es imposible! Ese duelo no se llevará á cab-

CONDE. Cómo no! Te equivocas, todo e

dispuesto y preparado. (*Saca el reloj.*) Dentro de cuatro horas, minuto por minuto, el Brigadier Montalvo ó yo, habremos dejado de existir.

MARQUES. Dios mio! estoi despierto? ¿No es una pesadilla lo que conturba así mi espíritu?

CONDE. ¡Pobre amigo! pero seamos hombres, y que cada uno, á su vez, cumpla con su deber!—Tú, da la mano á esa pobre niña que abre á tu vida nuevos horizontes, yo.... voi á prepararme á recibir la muerte, si así Dios lo ha dispuesto!

MARQUES. (*Con desesperacion.*) Oyeme! Cárlos....

CONDE Ni una palabra más, amigo mio, ¡tu abatimiento amengua mi energía! Volveré cuando haya concluido de arreglar mis asuntos, no te haré esperar mucho.

(*Entra á su habitacion*)

ESCENA VII.

EL MARQUES, SOLO. (*Levantándose.*)

La fatalidad se cierne sobre mi cabeza, la golpea con el mazo de todos los dolores, la abrasa con él fuego de todas las insidias, y ¡no estalla mi cabeza!.... ¡y vivo!........¡y pienso todavia!; y me rodean las sombras del infierno y la tierra no se abre á mis piés y me sepulta! Hallar de nuevo á la mujer amada, y encontrarme de ella separado por un océano, en que solo puede navegar la perfidia; tenerla entre mis brazos y rechazarla maldiciéndola; verla sufrir, sufriendo como sufro por ella un martirio espantoso, y no enjugar sus lágrimas, y hacer por el contrario, que corran hasta que se agote con su vida la fuente que las produce. Amarla más que nunca, y esforzarme en que crea que la aborrezco; maldecir mi amor y bendecir,

como bendigo, mi lealtad.... ¡Y no me vuelvo loco.................... Despues......venir por el amigo, y encontrar en él á mi rival; creer que viene conmigo su felicidad, y traerle la desgracia; desearle la vida, y procurarle la muerte!.... Ah! si no creyera en Dios, creeria que Satanás es árbitro del mundo!! (*Pausa, luego con rapidez.*) Está resuelto; soi yo quien morirá esta noche. Cárlos es inocente: mi vida por su vida! Ah! todavia, Dios mio, en medio de mi tribulacion me reservas esta felicidad! Gracias señor! Yo estorbaré ese duelo funesto; seré yo quien me bata; sustituiré á Cárlos sin que él lo sepa; escribiré al Brigadier, adelantaré la hora del encuentro, Montalvo es bravo, si, mui bravo, además tengo de atrás con él una cuenta pendiente, no se negará, y moriré, ya que así lo quiere mi destino! (*Saca del bolsillo una cartera, escribe y se dirige á la puerta derecha del fondo, llamando.*) Marcelo, Marcelo!

ESCENA VIII.

DICHO Y MARCELO ASOMANDOSE A LA PUERTA DEL FONDO.

MARCELO. Señor Marqués!
MARQUES. Hazme un servicio, ven. (*Salen.*)

ESCENA IX.

LA CONDESA Y MATILDE, LA ÚLTIMA EN TRAJE DE NOVIA. LA CONDESA ENTRA APOYADA EN EL BRAZO DE MATILDE Y LLORANDO, AMBAS VAN A SENTARSE EN UN SOFA.

CONDESA. Apuremos hasta el fin este cáliz. ¡Dame valor, Dios mio!

MATILDE. (*Desques de un corto silencio.*) Señora; U. me parte el corazon.

LAURA. Ah! pero eres tú, pobre criatura, quien en estos momentos puede fijarse en el dolor ajeno? ¡ Pobre niña, cuánto te compadezco! Como tú, entré yo un dia á la nueva vida que vas á recorrer, coronada de azahares la frente, pero enlutado el corazon; un *sí* forzado saliendo apénas de los labios, y un *nó*!....protesta muda en cada lágrima que me hacian derramar!....

MATILDE. (*Serena.*) Señora; yo me he resignado á mi destino.

LAURA. La resignacion es el agotamiento de la sensibilidad por efecto de la desesperacion!

MATILDE. No me siento ya tan desgraciada.

LAURA (*Viéndola fijamente con sorpresa.*) Qué dices? Y Pablo?

MATILDE. Ah! No me hable U. de Pablo!

LAURA. Cómo! es posible? qué dices? ¿qué me quieres decir?

MATILDE. (*Haciendo un esfuerzo.*) Siento que no le amo desde anoche!

LAURA. Ah! ¡ y esto más, Dios mio!.... Pero ¿qué causa, dime, qué causa ha motivado en tí tan estraña mudanza?

MATILDE. Todo lo sé. Se ha amenguado á mis ojos....no procedió anoche como caballero!

LAURA. ¡ Desdichada de mí!

ESCENA X.

DICHOS, DON CANDIDO. (*Saluda con ceremoniosa cortesía primero á la Condesa, despues á Matilde y luego dice aparte.*)

DON CANDIDO. (*Aparte.*) Vaya una boda triste! si más parece un entierro. (*alto*) Señoras,.... parece que soi de los primeros? Ya se ve, soi un cumplido caballero y jamás acepto que las damas me esperen. Sobre todo, personas tan distinguidas, y graciosas, como las que de nuevo ven mis ojos.

(*Reparando con sorpresa que ni la Condesa ni Matilde le oyen.*)

(*Aparte*). Por lo que hace á esta bella

frase que traia tan estudiada, se la llevó el viento. Probemos con otra, en un estilo análogo á la situacion sentimental con que tropiezo. (*Alto.*) Señoras, ¡ yo tambien estoi triste !....Ese duelo estrafalario, que se ruge ha de tener lugar.....

LAURA. (*Con agitacion.*) Que dice U. Don Cándido, qué duelo ?

DON CANDIDO. (*Aparte.*) Esta vez dí en el blanco.... (*Alto.*) Sí....un duelo á todas luces.... inconcebible. Corren sobre él mil conjeturas....

LAURA. Acabe U. por Dios.

DON CANDIDO (*Continuando sin oir á la Condesa.*) Ya se vé, es tan estrafalario....batirse á muerte, despues de un matrimonio.

LAURA. (*Ocultando el rostro en el seno de Matilde.*) Eterno Dios ! ! !

DON CANDIDO. (*Turbado.*) Habré cometido un disparate ?

ESCENA XI.

DICHOS DON JULIAN.

DON JULIAN (*Hablando desde la puerta.*) Marcelo, avise U. al notario que se le espera (*saluda con sequedad á don Cándido.*)

DON CANDIDO. (*Aparte.*) Magníficas condiciones para deshacer una corona de azahares.........

ESCENA XII.

DICHOS, PABLO QUE SE DETIENE UN INSTANTE EN LA PUERTA DEL FONDO, Y QUE LUEGO SOMBRIO Y MACILENTO ENTRA COM LENTO PASO Y VA A DEJARSE CAER, SIN SALUDAR A NADIE, EN UNA SILLA AISLADA, CERCA DEL PROCENIO.

DON JULIAN. (*Visiblemente sorprendido.*) Qué veo ! Pablo aquí ! cuando lo creia hace dos horas en el camino de Salamanca.... ¡ insensato !.... (*Don Julian se dirige á la Condesa, habla con ella en voz baja indicando á Pablo, luego se dirige á éste cuando Pablo termina su aparte.*)

DON CANDIDO. (*Aparte.*) Este chico tiene entrañas de buei!.... Yo, en su pellejo, me habria ido al infierno....

PABLO. Es mi última esperanza; pero me creerá el Conde? fracasará esta tentativa como fracasó la de anoche?.... El Conde se burlará de mí, me insultará quizas, y hará que sus criados me arrojen de su casa.... pero no me queda otra esperanza! (*Se vuelve y fija en Matilde una mirada. Matilde baja la cabeza por no encontrarla.*) (*Con desesperacion.*) Ah! ella tambien me rechaza, porque se cree por mí abandonada! ¡Haré el último esfuerzo!

DON JULIAN. (*Acercándose con rapidez á Pablo y golpeándole el hombro.*) ¡Desdichado! ¿qué buscas? ¿qué pretendes? ¿qué te trae de nuevo á esta casa, de la que me habias jurado alejarte para siempre?

PABLO. Perdone U. Señor ¡sufro tánto!....

DON JULIAN Pero no te habias marchado? á qué vuelves? á qué pretender imposibles?

PABLO. (*Turbado.*) He vuelto.... he venido porque una fuerza extraña que no puedo vencer me atrae aquí!....

DON JULIAN. (*Tratando de arrancarlo del asiento.*) Ven, vamos, ni un minuto más debes permanecer en esta casa. ¿Lo entiendes, desdichado?....

PABLO. (*Insistiendo.*) Un instante no más, un instante por piedad, y luego me alejaré para siempre de aquí!....

LAURA. (*A Don Cándido.*) ¿Pero ese duelo caballero, esa desgracia que nos anuncia U........

DON JULIAN. (*A Pablo.*) Ven........

DON CANDIDO. (*A Laura.*) ¡Todo Madrid lo sabe!.... Pero no es extraño que á U. se lo hayan ocultado.

LAURA. (*A Don Cándido.*) Eso no puede ser, ¡Dios no permite monstruosidades semejantes!

ESCENA XIII.

DICHOS, EL MARQUES.

PABLO. Ya está aquí! (*Y de nuevo inclina la cabeza.*)

DON CANDIDO. (*A Laura.*) Llega el Marqués...... Pregúnteselo U. y por quien soi, que no lo negará.

MARQUES. (*Entra sombrio, apénas se inclina para saludar y se dirige á don Julian.*) Don Julian....

DON JULIAN. (*Adelantándose á su encuentro.*) Señor Marqués........

MARQUES. (*Mui conmovido.*) ¡Una súplica caballero,...... y, de antemano, su perdon...... para quien, como yo, tanto lo necesita!...... Un asunto grave, mui grave, me aleja de aquí por un momento. Marcelo le esplicará lo demas. (*Va á alejarse.*)

DON JULIAN. ¡Ese tono, esa emocion! Señor Marqués, yo no alcanzo á comprender á U....

LAURA. (*Lanzándose hácia el grupo que forman el Marqués y don Julian; toma la mano del Marqués y lo aparta un poco de don Julian. Todo con rapidez y fuego; pero á media voz, y espresado con movimientos violentos pero reprimidos.*)
Yo sí que te adivino.... ¡vas á hacerte matar!

DON JULIAN. (*Aparte, asombrado.*) Qué es esto?

PABLO. (*Aparte, asombrado.*) Me ayudará el infierno?

MARQUES. (*Mui turbado.*) Señora....

LAURA. Esa turbacion me lo comprueba.

MARQUES. Provoca U. un escándalo....por favor se lo ruego!....

LAURA. Y te dejo asesinar, Aquíles? Porque tú serás el que muera en ese duelo; tú á él no lo puedes matar....es tu amigo!....es

mi esposo !....tú no puedes atentar á su vida ! !

MARQUES. Qué dices desgraciada?....qué piensas?....qué pretendes ?

LAURA. (*Enloquecida.*) Impedir ese duelo espantoso ; y gritar si resistes á mis súplicas; y llamar á mi esposo ; y contárselo todo ; y hacer que me destroze en tu presencia ! (*En las últimas palabras levantará la voz.*)

MARQUES. (*Tapándole la boca.*) Calla ! por piedad !....

LAURA. Tú no la tienes de mí ! (*Trata de arrodillarse á los piés del Marqués.*)

MARQUES. (*Abismado.*) Oh ! estoi perdido !.... (*impide el movimiento de la Condesa.*) Señora ! (*En voz baja.*) No ves desgraciada, que nos están mirando, que todos los ojos se fijan en nosotros ?

LAURA. Pero yo quiero persuadirte ! Ven donde no haya testigos que nos espien ! Ven, yo te convenceré ! (*Arrastra al Marqués hácia la puerta del jardin.*)

MARQUES. Laura ! estás loca ! ¿Adonde me lleva tu estravío?....qué quieres de mí ?....

LAURA. Ven, vamos al jardin ; allí hablaremos sin testigos, tu me oirás, porque eres bueno ; yo te convenceré, porque Dios ha de ayudarme ! (*Se acercan á la puerta del jardin.*)

MARQUES. (*A Don Julian, disimulando.*) Un instante Don Julian ; la Condesa ha tenido....un capricho y me es forzoso complacerla (*desaparecen por la puerta del jardin.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, LUEGO EL CONDE.

(*Todos los que han presenciado la escena anterior, pasmados de asombro, ménos Pablo.*)

DON JULIAN. ¡Estoi soñando !

DON CANDIDO. ¡He sido un....mentecato !

PABLO. (*Con alegria feroz.*) ¡ Esta vez no escapará !
(*Se dirije rápidamente á la puerta de la habitacion del Conde, retrocede, fluctúa y luego se lanza corriendo y tropieza con el Conde que entra en la sala.*) ¡ Lo sabrá todo !

CONDE (*Sorprendido al ver á Pablo que retrocede al encontrarse con él.*) Qué es eso! U. aquí, caballero?

PABLO. (*Con audacia.*) Sí, aquí estoi!

CONDE. ¡ Semejante proceder !....

PABLO. (*Interrumpiéndole y llevándole aparte*) Vengo á decir á U. que ésta noche, más propicia que la pasada, podrá encontrar en el jardin, y en este instante, á la Condesa con el hombre que ayer supo escapársele.

CONDE. (*Fuera de sí*) ¿ Que decís ! !

PABLO. Ahí están !

CONDE. (*Con furor.*) Oh ! lo comprendo ; ¡ la cita de despedida ! Pero será la última !
(*Corre á la puerta de su habitacion y desaparece.*)

DON JULIAN. (*A Pablo con indignacion.*) ¡ Infame !

MATILDE. ¡ Eres un mónstruo !

DON CANDIDO ¡ Es un villano !
(*El Conde aparece de nuevo armado de una pistola y corre hácia la puerta del jardin.*)

DON JULIAN.
DON CANDIDO.
MATILDE. } (*Todos á un tiempo.*) Deteneos, por piedad !....
(*Don Julian trata de detenerlo.*)

CONDE. (*Desprendiéndose del brazo de Don Julian.*) No me detenga U. Es un ladron que me roba el honor, y voi á castigarlo....
(*El Conde corre á la puerta del jardin, se detiene y dispara inmediatamente á vista del público.*)

DON JULIAN.
DON CANDIDO.
MATILDE. } (*A un tiempo.*) Ah !!! Qué horror !

LAURA. (*Dentro, lanzando un grito.*) Ah !....

MARQUES. (*Grito dentro.*) Cárlos !....

CONDE. (*Con asombro.*) ¡ Cielos !!.... (*Desaparece en el jardin.*)

DON JULIAN.
DON CANDIDO.
MATILDE. } (*Agolpándose á la puerta y tropezando con la Condesa despavorida.*) Ah ! (*Igual esclamacion cada uno.*)

LAURA. Muerto !.... muerto !.... (*Cayendo en brazos de Matilde y de Don Cándido que la conducen al sofá desvanecida. Don Julian habrá entrado entretanto al jardin. Pablo de pié, inmóvil y aterrado, permanece en el sitio que ocupaba con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en el suelo.*)

ESCENA XV.

DICHOS, EL CONDE Y DON JULIAN TRAYENDO AL MARQUES HERIDO, ESTE CAMINA CON DIFICULTAD APOYADO EN EL CONDE Y DON JULIAN. LOS SIGUE MARCELO. COLOCAN AL MARQUES EN UN SILLON CERCA DEL PROSCENIO. EL MARQUES AL SENTARSE CIERRA LOS OJOS Y PARECE QUE SE DESVANECE. DON JULIAN Y MARCELO LO SOSTIENEN. EL CONDE SOLLOZANDO CAE DE RODILLAS A LOS PIES DE SU AMIGO, LE TOMA UNA MANO É INCLINA LA CABEZA QUE APOYA EN EL MISMO SILLON DEL MARQUES.

MARQUES. (*Al entrar.*) Cárlos !.... (*al caer en la silla.*) Cárlos !

DON JULIAN. (*Dirigiéndose á los criados.*) Un médico, un médico, volando ; corred todos. (*Dos ó tres criados salen.*) (*El Marqués hace un movimiento.*)

DON JULIAN. Vuelve en sí....

TODOS. Ah !....

MARQUES. (*Volviendo en sí, la mano puesta en el pecho sobre la herida é incorporándose con energia.*) ¡ Cárlos....morir por tu mano....Es justo....estás en tu derecho !....

CONDE. ¡ Me desgarras el alma !

MARQUES. Perdóname, y escucha tranquilo la última confidencia que te va á hacer mi

corazon. Estaba decidido á morir esta noche; todo estaba dispuesto; me iba á sustituir á tí para hacerme matar por Montalvo!........

CONDE. (*Sorprendido y levantándose.*) Cómo! por mí arrostrar la muerte, y soi yo (*con desesperacion*) quien te quita la vida!

MARQUES. No, á afrontar la muerte, no, Cárlos, á morir!.... porque al Brigadier yo no debia hacerle el menor daño siendo como es inocente del crímen que le imputas.

CONDE. Qué dices!!!

DON JULIAN. Ah!

DON CANDIDO. Yo lo sabia........

MARQUES. Tomadas todas las medidas para sustituirme á tí, en ese duelo, me faltaba llenar otro deber imprescindible.... ¿cómo hacer á esa pobre Matilde esposa y viuda á un tiempo?........ vine á suplicar á don Julian, vine á pedirle ¡por mis padres y el cielo!.... la mano de esa niña.... para Pablo.... pues que tanto se aman.

TODAS. ¡Noble corazon!........

PABLO. (*Que ha permanecido en su sitio como petrificado, cae de rodillas exclamando*:) ¡Perdon!.... ¡Perdon!....

DON JULIAN. No lo mereces!

PABLO. Ah! (*Inclinando la cabeza.*)

CONDE. (*Con desesperacion.*) ¡Aquíles, mi noble Aquíles, tu no puedes morir!.... Pero ese hombre, el raptor de mi honra, la causa de todos mis dolores, y de esta espantosa catástrofe, si no es Montalvo ¿quién es? ¡por piedad, no lo ocultes!

MARQUES. (*Incorporándose y poniéndose de pié.*) El que deseas conocer, no te ha robado la honra; solo, y sin quererlo, te ha hecho desgraciado. Cárlos; ese hombre, ese hombre....soi yo!

(*La Condesa que se habrá incorporado lanza un grito.*)

TODOS. Ah!

CONDE. Tú!!!

MARQUES. Yo, tu hermano por el corazon, tu amigo por el alma!

CONDE. ¡Tu deliras....

MARQUES. (*Haciendo un esfuerzo y cobrando energía.*) ¡No deliro!

CONDE. Me engañas!....

MARQUES. (*Poniéndose de pié con arrogancia.*) Yo, Aquíles de Albaren, Marqués y Conde de Lionfort te juro por mi honra, sin mancha, como Dios me la dió, que fuí el amante de la Condesa, y que anoche en el jardin.... fuí quien asistió á la cita fatal.

CONDE. Su amante!!!!

MARQUES. Su amante, Cárlos!!!.... Si así, de modo tan bajo, puede llamarse, entre dos séres que se adoran, la union purísima de sus almas.

DON CANDIDO. Testigo de esa cita fatal, aseguro que es cierto cuanto ha dicho el Marqués.

CONDE. ¡Me vuelvo loco!.... Esto que me pasa, no puede suceder! (*Se deja caer en una silla cerca del marqués.*)

MARQUES. Oyeme, infortunado! Tú conoces la historia de ese amor sin pecado.—Laura, sin conocernos, fué mi ángel de la Magdalena.... Pura la encontré, pura te queda. De aquel pecado me declaro sin mancha; pero.... otro tengo, que yo no me perdono.... ¡Cárlos, Cárlos!.... hoi más que nunca la amo, con delirio, como jamás se ha amado á otra muger!.... He temblado por tí, por mí, por ella; porque á pesar de mi energia, me sentia débil para seguir combatiendo esta fatal pasion!.... Este amor.... ya.... criminal por mi flaqueza, merecia este....castigo!.... El me

ha dado la muerte....bendito sea!! (*Cae muerto en los brazos del Conde.*)

LAURA. (*Lanzándose sobre el cadaver.*)
Muerto! Muerto! Dios mio!....y tu misericordia?
(*El Conde detiene á Laura con un jesto y un ademan enérjico, esta cae de rodillas en medio de la escena y levanta al cielo los ojos y los brazos con desesperacion*)

CONDE. (*Señalando el cádaver del Marqués.*)
Para él.... el cielo!
(*Señalando á Laura.*)
Para tí, desdichada.... Los remordimientos y mi profunda...... ¡Compasion!
(*Laura cae como muerta.*)

FIN.

